The background is a watercolor illustration. On the left, a wolf's face is shown in profile, looking upwards with its mouth open, revealing its teeth. The wolf's fur is rendered with fine, dark lines. To the right, a landscape is depicted with a yellow and orange sky, a red sun, and a grey building with a window. The overall style is expressive and artistic.

# PUROS CUENTOS LOS DE JOSÉ

**José Francisco Nigenda Pérez**

**Colección  
Boca del Cielo**



**UNICACH**

Puros cuentos  
los de José  
José Francisco Nigenda Pérez



UNIVERSIDAD DE CIENCIAS Y ARTES DE CHIAPAS  
2010

Primera impresión: 2010

D. R. © 2010. Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas  
1ª Avenida Sur Poniente número 1460  
C. P. 29000, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas.  
[www.unicach.edu.mx](http://www.unicach.edu.mx)  
[editorial@unicach.edu.mx](mailto:editorial@unicach.edu.mx)

ISBN 978-607-7510-59-8

Diseño de portada: Manuel Cunjamá

Imagen de portada: Manuel Cunjamá

Impreso en México

## Índice

|   |     |
|---|-----|
| Crónica de un delator<br>(o proemio en seis brevísimos actos) ..... | 7   |
| Presentación .....  | 15  |
| Casi me parezco.....  | 17  |
| Muerto de rabia .....   | 29  |
| La Cinco Huesitos.....  | 39  |
| El destino que cayó del cielo .....                                 | 59  |
| Éxodo.....  | 77  |
| Las chocolateras.....   | 83  |
| Doña María, La Maestra.....   | 95  |
| Error de cálculo.....   | 115 |
| ¿Y dónde quedó el peso? .....                                       | 129 |
| Gumaro.....   | 137 |
| Lesvia y Primitivo.....   | 145 |



Para todos,  
con el deseo de que vuelvan  
sus ojos  
a mis letras.

Para los que amo.

Para ti, mamá: Clara Pérez Cundapí.



## Proemio

### Crónica de un delator (o proemio en seis brevísimos actos)

—¡Son puros cuentos la existencia de ese tal José! ¿Alguien de ustedes lo conoce acaso? —formula el que preside la reunión.

Todos los reunidos se ven entre sí, hasta que el Pintor asiste a preguntar:

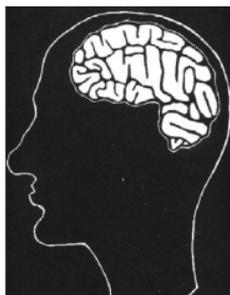
—¿Por habladas, físicamente o por su escritura?

—¡Cómo sea... pero hay que localizarlo!

—¿Qué hizo, para que nos convoquen a esta reunión... ha de ser algo grave?

—Yo sólo sé que cayó un aeroplano en su casa —comenta el Periodista.

El Crítico literario observa con ojos inteligentes a los demás miembros, de vez en cuando hace anotaciones en una hoja en blanco, para continuar en su posición inmutable de pensador, con una mano en la barbilla y con la otra oscilando una pluma con movimientos imperceptibles.



—Publicó el libro *De amor y de mar...* ahí están las huellas digitales de lo que piensa... podríamos comenzar dibujando su cerebro —comenta el Cronista mostrando la edición como evidencia, para luego proceder a leer un cuento del mismo.

Al término de la lectura, el Pintor se levanta de la mesa para dirigirse a una pizarra de vinilo e iniciar sus trazos.

—¿Y eso qué es...? —algo confuso pregunta uno de ellos.

—Un cerebro en plenitud creativa... escribiendo, pues —contesta el Pintor, mientras que acepta en su interior que el dibujo no ofrece dato alguno para localizar al tal José, por ello lo borra con la palma de la mano, para ofrecerles otro boceto.

—Sí... ése es su cerebro... refleja la inteligencia de su corazón. Ahora hay que ponerle cabeza —asiste el Cronista con cierta satisfacción.

—Pero es una cabeza común, no me dice nada... el tal José debe de tener algo especial, por todas las historias que inventa —interviene nuevamente el Cronista.



Participa el Periodista, al momento que saca un manuscrito de un sobre, para asegurar en voz queda, a fin de que no sea escuchado más allá de los concurrentes.



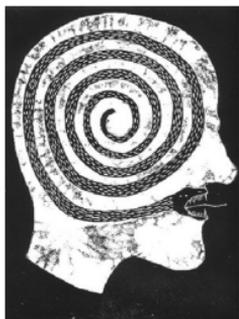
—Tengo material muy valioso y confidencial del tal José... no me pregunten dónde lo conseguí, porque mi informante es alguien muy cercano al tal José, y él no es traidor ni cizañero, sino sólo comunicativo... y lo que me entregó vale oro, son los cuentos de su nuevo libro

*Puros cuentos los de José.*

Una sonrisa de complicidad asalta el rostro del Crítico Literario, quien inicia a leer con suma atención los manuscritos expuestos. El Pintor, aún de pie frente a la pizarra, resuelve otro dibujo con los nuevos datos.

—No... ése no es... imposible... es un hombre de corazón limpio, así lo delatan sus escritos... un poeta no puede ser una mala persona —dijo el Cronista dirigiéndose al Pintor.

—Pero la víbora no es porque sea ponzoñosa la palabra escrita del tal José, sino por la rapidez y efectividad como narra... cómo es difícil de esbozarlo, si se tratara de hacerle un dibujo hablado al Periodista, lo haría de manera simple, sería una persona enroscada por una boa... por el tamaño de su lengua.



—Ja, ja, ja, ja —se escucha a todo pulmón las carcajadas, como único acuerdo de júbilo unánime



entre los asistentes, celebrando la ocurrencia del Pintor, que ahora presenta otro diseño.

La última intervención en que se le vio participar al Crítico Literario fue en una boda, donde como padrino presidió el brindis. En esa ocasión ofreció a todos los concurrentes una docta conferencia sobre el amor, en que disertó su devenir histórico y epistemológico desde Propercio hasta Octavio Paz, sin parpadeo alguno duró dos horas la espléndida plática en la que adormeció a todos los invitados.

En esta reunión sólo falta la opinión determinante del Crítico Literario, quien hace uso de ella para articular un dilatado dictamen definitivo, contundente.

—Guardo algo de complicidad con el susodicho, puesto que es alguien que otorga particular importancia a las palabras; que se mueve entre ellas tan a gusto, o acaso más, que entre las personas; que se entrega a ambos, aunque depositando más confianza en las palabras; que destrona a éstas de sus sitios para entronizarlas luego con mayor aplomo; que las palpa e interroga; que las acaricia, lija, pule y pinta, y que después de todas esas libertades íntimas es incluso capaz de ocultarse por respeto a ellas. Y si bien a veces puede parecer un malhechor para con las palabras, lo cierto es que comete sus fechorías por amor.

Si bien el cuento es un género literario que en Latinoamérica ha proliferado bajo la modalidad de escritura inaugurada por Edgar Allan Poe, Maupassant, Chéjov y Kipling. Pero durante el siglo XX esa forma se ha pervertido y apareció una nueva tradición en la cual ya no importó el artificio del final impactante o sorprendente, sino contar y mostrar una porción de un mundo, real o imaginario, tensionado por unos personajes y situaciones particulares.

En ese modo del cuento (más flexible a los desvíos) el acento se puso en otro lado: en la atmósfera, en el transcurso, en la cotidianidad del relato y en el espacio-tiempo donde unos seres cometen o están a punto de cometer algo, o quizá no, les está por suceder algo o ya les sucedió. Y lo único que queda es contar, sin que importe que el final sea o no sorprendente o cause un efecto. Contar, nada más.

Diversos son los aciertos literarios que ofrece el manuscrito que me otorgó el Periodista, entre ellos está el manejo del espacio, demostrando que el espacio es uno de los elementos fundamentales de la estructura narrativa. No existe una expresión literaria que no configure una determinada visión espacial del mundo. El espacio es mucho más que el mero soporte o el punto de referencia de la acción; es su auténtico propulsor. La perspectiva discursiva que asume el narrador en torno a este elemento responde a una intención ideológica. No son pocos los críticos literarios que utilizan el concepto del

espacio para clasificar los textos narrativos y proponer criterios ideológicos. En Latinoamérica, existe una tradición de crítica literaria que valora los textos narrativos según categorías espaciales, innumerables estudios hablan de obras naturalistas, indigenistas, o ruralistas, como contrapuestas a las urbanas.

Este tal José, nos demuestra que en la resolución de un buen cuento no puede permitirse desfallecimientos ni tropezones. Y también sabe la necesidad de sortear los problemas inherentes a cualquier narración corta: la falta de matices, la parcialidad de sus indagaciones exploratorias, la apariencia de marionetas de sus personajes, el recurso a las soluciones fáciles de cocina rápida, la insipidez pasajera que huele a taller y a falta de talento. Pero el talento y el oficio poético del tal José, le permite salir adelante en esta empresa escritural.

Importante es reconocer que los cuentos son reconocibles, no definibles. Tendremos que fiarnos de nuestra intuición de experimentados lectores con mucho mundo entre líneas.

La intención evidente de estos cuentos es, pues, la de representar muchas caras de la misma realidad, mostrando la realidad ciudadana y civilizada en relación con lo rural. El ejemplo de sus modelos literarios y la ya adquirida espontaneidad de su estilo lo llevan a estructurar sus cuentos sin una aparente cronología de los acontecimientos. Al mismo tiempo, aunque esta técnica narrativa es el fruto natural de una contaminación artística, él es perfectamente conscien-

te del objetivo y del sentido de su estilo narrativo: querer mostrar una sociedad en todas sus facetas. Siento que a él le interesa presentar una historia y exponerla dentro de un mundo social, y no simplemente contar una historia extrapolándola de su contexto.

Pero el rasgo más notorio y distintivo, para poder localizar al prófugo del tal José, está en que es capaz de contener un mundo en sus cuentos, tal como escribió Odiseo Elytis: “El mundo entero brilla como una gota de agua”.

El Pintor, hace un retrato al óleo con la firmeza de la certidumbre, y con la diáfana limpieza en sus trazos, mide distancias, puntos de fuga y proporciones del implicado que convocó a la reunión, y sin más comenta:

—Por todo lo que han dicho, infiero con toda certeza que el tal José... es éste, sin duda alguna.

Mario Nandayapa





## Presentación

Ésta es la culminación de un deseo largamente saboreado. Cada texto representa la oportunidad de expresar evocación y sentimiento, una manera íntima de externar lo profundamente guardado en el corazón. Y es así porque cada suceso es real. Porque cada acontecimiento forma parte de mi vida personal. Porque cada línea me sigue produciendo felicidad o dolor. Porque son imágenes que de tanto asomarse, decidí escribirlas para el beneplácito probable de los lectores.

El título no es más que una manera de decir que los textos son cotidianos de una persona común y corriente, de vivencia nada extraordinaria, de personajes como tú o yo, como cualquier persona que ha vivido a plenitud la vida, sin que esto signifique ausencia de dolor y de extravíos en las emociones del alma.

*Puros cuentos los de José* representa el final del camino de narraciones breves que fueron publicadas, en su mayoría, en mi libro *De amor y de mar*, por la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas. En este esfuerzo, sim-

plemente pretendo desarrollar con mayor amplitud lo ya escrito, o agregar textos inéditos, con la atrevida intención de incursionar, por vez primera, en la exquisita tarea de narrar acontecimientos. Luego, en un ejercicio riguroso, habré de escribir una novela, que juzgo debe ser difícil para una persona que aspira seducir desde la palabra escrita.

Qué mejor oportunidad que ésta para agradecer a quienes de manera directa o indirecta, tuvieron que ver con el origen de estos textos, y la publicación de esta obra que me honra sobremanera, y que se convierte en un motivo para continuar escribiendo. Gracias por la coedición a la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas y a su rector insigne, Ingeniero Roberto Domínguez Castellanos, y al Consejo Estatal para las Culturas y las Artes y a su directora general, Licenciada Marvin Lorena Arriaga Córdova. Mi gratitud al Doctor Mario Nandayapa, un ser humano inquieto y de fiel corazón a las letras; y por supuesto, a mi gente que son protagónicos de esta historia que parece encadenada, sin tiempo, a la vida.

Gracias a todos a sabiendas que heredo líneas que son mi sangre, origen, orgullo, sentimientos jamás olvidados, dolor que se esconde atrás de mis emociones, presente y futuro de un tal José que en mucho se parece a mí.

José Francisco Nigenda Pérez

## Casi me parezco

Aquellos eran tiempos difíciles al interior de la familia que vivía con estrechez y pobreza, sencillez y humildad. Para entonces el linaje lo constituían los padres, la hermana mayor, la hermana gemela y José. Se vivía en una casa construida por la abuela Elvira, de arquitectura indestructible, con paredes de adobe, techo de teja soportado por vigas, muros, solerillas y reglas de una madera aguantadora como hecha por la naturaleza para casa de pobre; con amplio corredor y patio suficiente que José no recuerda haber disfrutado durante sus primeros juegos, o durante las noches con el rostro pegado al cielo y su espalda al suelo, como tampoco haber evocado a las estrellas de aquellos tiempos para él lejanos.

Desde el interior de la casa podía verse una avenida amplia, muy amplia, ubicada entonces casi en las afueras del pueblo; calle de tierra, con abundantes matorrales y empedrada por apilamientos de enormes piedras. En medio había una barranca con desechos de todo, agua malo-

liente de drenaje y espumosa por el jabón que escurría perezosamente desde los lavaderos de madera del interior de las viviendas, que corría a través de canales de tierra hasta toparse con la intemperie y la inmundicia de la calle.

Enfrente de aquella casa, a los lados, a la vuelta de la cuadra, a lo largo y ancho del barrio, vivía gente conocida a diferencia de los tiempos de ahora. Los vecinos y la familia de José vivían en casas que tenían en común la sencillez y la pobreza. Nadie se sentía menos. Las bardas o la línea de la propiedad de las casas eran hechas de bajareque o de caña maíz, y los pisos de la sala y del comedor y de la cocina, todo en un solo espacio, eran de tierra tan apisonada y limpia que brillaba como piso de casa de rico. Las casas tenían amplios patios y hasta traspatios donde daba gusto ver aquel gallinero lleno de gallinas de doble pechuga con unos cuantos gallos orgullosamente revoloteando su género, y hasta marranos que siempre comían lo que podían, o lo que había.

Aquellos eran tiempos difíciles.

En aquel entonces y en aquellas circunstancias nació José.

Como todos, justo en el tiempo de cada quien, se asomó por la ventana de la vida un cuatro de octubre de mil novecientos cincuenta y cuatro. Era una madrugada casi extinta que daba paso a un amanecer apacible de un día lunes. José nació Libra, símbolo de la balanza, del equilibrio, del punto entre lo justo y lo injusto. Parecía entonces que José había nacido con pedazos de cons-

telación que significa vivir y convivir entre la verdad y la mentira, entre el amor y el odio, entre lo bueno y lo malo, entre la seguridad y la zozobra, entre lo negro y esbozos de tonalidades grises. Siempre en una ambivalencia poco entendible, nada creíble. Además, ¿acaso no todos viven así?

Pareciera entonces que todos hubieran nacido, como José, bajo el mismo signo zodiacal.

A los Libra, dicen los astrólogos y los que escriben horóscopos, siempre les va bien... Son justos, los que viven en constante homeostasis, los que siempre otorgan, y los que si no gozan del amor, al menos siempre tienen argumentos para aconsejar a los enamorados. Siempre están en ese punto de la vida que provoca envidia. ¡Encabrona tanta mentira! Pero José es Libra, pues. Lo que se quiere decir es que él nació hace más de cincuenta años, en un mundo maravilloso que es y seguirá siendo solamente de él, por lo menos mientras esté vivo. Y decir además que nació con amor, muchos defectos y una que otra cualidad.

Eso cree José.

La madre de aquellos tres niños, y quien después tuviera un último hijo varón, por sus venas fluye sangre zoque legítima. Desde su origen convivió con la bondad lo que le permitió hundir sus raíces hasta el corazón de la tierra. De niña siempre vivió acompañada de pedazos de cielo, aire limpio, sangre leal, bellas costumbres, mujeres y hombres de una sola palabra, estrechez en todo, recuerdos inciertos, a veces ciertos.

La mamá de José y de las otras dos niñas y el último hijo varón, tuvo una sola fuente de abnegación: la abuela Elvira, su madre, como hija única que fue. También tuvo sin desearlo el olvido imperdonable del abuelo Maximino, con sus intentos paternos de una reconciliación más allá de los tiempos y de las oportunidades permisibles y justas. Por eso quizá tiene un carácter sumiso, fría en sus manifestaciones de cariño, necia a veces, preñada de actitud amorosa para sus congéneres pero siempre sin decirlo, dedicada a las sazones y a las ollas y trastos en ese permanente, inacabable y pesado trajín que —todos los días y comiendo tres veces— uniera a la familia de José en un morada que todos compartieran, momentos siempre fraternos. Sus modos han sido una manera, a su talante, de decir “Los quiero”.

Esa madre generosa se movía en silencio, afanosa, no sé si alegre porque José no lo recuerda, pero erguida siempre a pesar del cansancio de su espalda y de sus pies agudamente acangallados por el deambular inacabable de las faenas de madre y esposa. Así, siempre. En ese ángel se le manifiesta a José en los escasos tiempos que rara vez comparten.

El padre de José, en aquel pueblo lejano donde vivían juntos y amontonados, transitaba desde el lunes hasta el sábado desde su casa hasta el centro del pueblo para llegar a su trabajo. Ahí, rutinariamente, como quien esculpe encaprichado y terco un destino, aprendió el oficio de fotógrafo que permitió imágenes eternas y car-

gadas de emociones mundanas diversas de mujeres, de hombres, de niñas y niños, jóvenes y viejos. La necesidad lo hizo fotógrafo no sin antes probar infructuosamente sus capacidades laborales en otros tantos empleos temporales bajo un sol quemante, como la de peón de albañil. Pero, finalmente, nada comparable con la fotografía. Además, trabajaba bajo techo y sombra. Así su obra se hizo recuerdos y sentimientos inolvidables en corazones de gente extraña, bellas remembranzas de rostros y cuerpos que el padre de José —con amor, vocación y mucha necesidad— fotografió para siempre.

Hasta hoy ocasionalmente José mira algunas paredes de casas viejas sobre las que cuelga, de un clavo oxidado, una fotografía en tonalidades sepia donde se aprecia el oficio de su padre.

De los orígenes de su padre, poco o casi nada sabe José. De su abuelo paterno no sabe ni siquiera su nombre, ni quién fue y tampoco a ciencia cierta a qué se dedicara. Tiene la idea que era comerciante y que su vida fue andar caminos de subida y de bajada y visitar pueblos donde le compraban su mercancía para ganarse unos cuantos pesos. El desconocido abuelo paterno está muerto aunque José no sabe por qué se murió, en qué lugar le habrá ganado la muerte, y en dónde habrán quedado sus huesos esparcidos sobre tierra terregosa.

Lo que José sí sabe es que la madre de su padre se llamó María, la abuela María, mujer difícil de carácter, intransigente, dura en sus acciones, injusta algunas ve-

ces con sus hijos, mujer sufrida, trabajadora cuando su cuerpo se lo permitió. María fue abuela severa, de poco hablar y exigua en sus muestras de amor a los suyos, controvertida e inaceptable por sus nueras y yernos. No se duda que alguien la quisiera, como José, quien sentía por ella una rara especie de amor.

José la veía como el símbolo recio y fuerte de las abuelas. Nunca vio que le diera un beso a su padre, o una caricia frugal aunque fuera con una mirada lejana. Tampoco él, como nieto. Siempre vivía la abuela María con el ceño fruncido, casi eternamente sin hablar, o hablando de alguien siempre de más; con sus pupilas grises que, observando a la nada, mostraban siempre la vaguedad de su mirada; con un cigarro sin filtro a medio fumar pegado a la boca y con la ceniza aferrada a la brasa en perfecto equilibrio para no precipitarse al vacío; con su espalda encorvada y con las piernas abiertas y entre ellas enrollada su enagua, sentada e inclinada sobre un butaque de cuero, y sus codos reposando en unas rodillas huesudas y cansadas.

A pesar de este retrato de la abuela María, el padre de José fue hombre sencillo, singular, sincero como pocos, estimado y respetado por todos. Hombre probo siempre, hasta que se murió y después de muerto.

Durante aquellos tiempos, las hermanas de José —una de seis y la otra de cuatro años—, eran la necesitada compañía, el complemento de la vida, los pleitos de todos los días a la hora de las tres comidas, la búsqueda

callada en ausencias dadas. Eran las pequeñas damas de la casa. Las adjuntas del trajín. Las de la barrida y trapeada concienzudas de cada mañana. Eran las del recorrido somnoliento al mercado, a la hora en que el sol se despabilaba, en compañía de doña Clara, la madre de José. Las hermanas eran la de las idas por las tortillas, las del mandado frecuente del medio día a la tienda de la esquina, a la hora en que caminar a la intemperie era como transitar sobre una brasa recién hecha. Y por si fuera poco, agregar a los quehaceres de ellas los propios de la escuela.

Siempre fue así.

Desde entonces las hermanas de José fueron mujeres de verdad. Por ello, a José le asombra que no hubiera hombre inteligente y con los ojos suficientemente abiertos para reconocer esta rara virtud femenina.

José recuerda la víspera de sus primeros cuatro años. ¡Claro que la recuerda! Cómo no recordarla después de haber escuchado tantas veces esa plática entre conocidos y extraños.

Dieciocho de julio de mil novecientos cincuenta y ocho. En esa fecha, se repite convencido José, el destino le cayó del cielo.

Cómo no acordarse José de aquél trágico accidente casi a las dos de la tarde, a la mitad de un verano irrepetible, del cual por los tiempos idos pocos quizá recuerdan cuando aquel avión de carga, con tripulantes y varios pasajeros, tuvo a mal aterrizar en el patio de su humilde

casa y de otras aledañas. Hubo llanto, pérdidas materiales, cuadros inolvidables de dolor ajeno, ojos chisporroteando sorpresa y miedo, muerte de gente inocente, ruido ensordecedor que hubo de pasar mucho tiempo para que se fuera lentamente haciendo menos, suceso inverosímil tantas veces platicado con la gente ante oídos incrédulos. Y luego, casi en la inmediatez del tiempo, con esos fardos dolorosos y pesados a las espaldas, aquellos padres afligidos, las hijas y José, juntos y apretados y fríos por dentro, permitieron que el destino los tomara de la mano y condujera sus pasos a un irremediable éxodo.

Los acontecimientos de ese día, y de otros cuantos después, propiciaron la decisión de los padres de José, que debió ser inequívoca, de refugiarse en un pueblo lejano y desconocido. De eso hace cincuenta y un años. Sin pensarlo mucho, solamente durante el tiempo justo de las largas horas de luz luminosa o de la oscuridad silenciosa de noches interminables de cincuenta y tantos días posteriores al accidente, de pronto estuvieron en otro pueblo, en otra tierra y cielo y espacio límpidos con valor inconmensurable por su gente, tradiciones y tórridos corazones de ese singular género humano costeno.

En ese lugar vivió José escasos años con emoción y agradecimiento al destino por haberle otorgado una idiosincrasia que la carga y la exhibe como una merced divina producto de aquella gente buena.

José vivió escasamente diez años en aquel pueblo que lo trató como si hubiese sido su hijo legítimo.

Eso emociona. Siempre emociona. Vivió con ellos, entre ellos, como uno de ellos. Saboreó José su modo de vida, momentos de fortuna y de infortunio. Conoció sus costumbres hermosas como la tradicional fiesta de Las Chocolateras y también sus vicios, sus bondades y actitudes de gente generosa. Vivió su infancia con candidez y sin apuraciones siendo niño pobre. Fue listo desde entonces, principalmente con los amores, como aquella que le robó el corazón y que los malvados chamacos, incluso José, le decían de apodo *La Cinco Huesitos*. Fueron amores excepcionales, las primeras emociones, noveles aspiraciones de ser hombre y sufrir el dolor y sentir el sufrimiento por esos amoríos únicos y malogrados, destino infalible de aquellos motivos y razones de corazones rotos.

Luego, el viaje sin retorno del nido familiar a la capital del estado para realizar los estudios que al paso de los años, se fueron sucediendo unos tras otro, siempre con éxitos y logros. Y también estrechez y pobreza, por supuesto, que siempre fueron vistos y vividos por José con optimismo y como la fuerza que necesitaba para redoblar el paso.

A los catorce o quince primeros años de la vida de José, sintió él la necesidad de escribir lo que fuera, sobre un papel, sobre el pupitre de la escuela, sobre la superficie de una hoja verde para dejarla secar después entre las páginas de un libro o en las del cuaderno de apuntes de la materia más estudiada. Escribir sobre lo que

fuera, pero escribir. No recuerda José de otra manera el inicio de aquellos primeros trazos de líneas con visos de poemas, de cartas de enamorado con textos lejanos a la ortodoxia, con un estilo que sin embargo gustaba a sus lectoras, y que le hizo cosechar una caricia, y un recuerdo siempre vivo de aquellos corazones entonces inexpertos y enteleridos.

Piensa José que ese debe ser el origen de su gusto y de su encaprichamiento por escribir, que en un intento de unir un relato con el otro, ve aflorar su imagen, su vida, sucesos que guarda siempre consigo y que comparte esos ensueños que involucran emociones todas vivas.

Y José camina la vereda de la vida y se entrega al tiempo de los quehaceres para comer y dar de comer. Y los años se suceden, sin prisa, siempre en su justo tiempo, y llegan momentos aciagos, inolvidables, como la muerte de su padre, aquel momento doloroso cuando se le apagó la luz, no sin antes José rascarle a la esperanza cualquier indicio de ilusión, aun en las sombras de lo desconocido y lo oculto, para que él viviera un poco más. Porque no fue solamente la muerte de su padre, sino la muerte vivida con él, y en ese tránsito doloroso la mudez de un contubernio entre ambos del presagio irremediable. Y porque su ausencia es tan viva y dolorosa, José sentirá dolor hasta que su cuerpo también se quede absurdamente quieto y frío.

Así pasaron cinco décadas de la existencia de José. Durante ese lapso tuvo la necesidad apremiante de

escribir una línea y luego otra. Hoy escribe siendo un hombre maduro, de sienes grises y con tenue temblor de manos y piernas cada vez más débiles para caminar lo que le queda de vida.

José no sabe qué pasará con su vida en este difícil mundo de la escritura. No lo sabe. Sin embargo, le basta saber que si alguien ha llegado a estas líneas, sentirá sin duda algún tipo de deseo de saber quién es José a través de su pluma.

Así, casi a él me parezco.



## Muerto de rabia

El médico diagnosticó tragedia. Nadie podía creerlo, pero ahí estaba el difunto. Tibio todavía. Custodiado por cuatro cirios que empezaban a consumirse, y muchas flores sumergidas en aguas descompuestas con emanación rancia, supurando hediondez a chorros e impregnando con su olor singular el espacio de quien ya se había ido.

Sucedió durante la hora de la comida, víspera de un día aciago e imborrable, tiempo anticipado de un suceso inverosímil e increíble en aquella tierra costeña, siempre bulliciosa.

Como era costumbre, a las dos de la tarde se escuchó aquel grito estridente de la que momentos después sería la viuda, y en respuesta, el marido y la hija que vivía con ellos se arrimaron a la mesa. Con ánimo feliz se observaron frente a las sencillas y deliciosas viandas. Él se sentó a la cabecera de la mesa como siempre, acompañado de su esposa y de su única hija soltera. Ese día se había cocinado haciéndosele su gusto, pues reiteradamente había

expresado su deseo de comer pescado frito, fresco y comprado muy de mañana en el mercado del pueblo.

Todo parecía normal. La plática, durante la comilona, no presagiaba nada malo. Era igual que siempre. En el ambiente flotaba dosis de entendimiento y de gusto por el momento que se vivía.

Así estaban cuando los ojos de él, absortos en el diálogo entre madre e hija, se quedaron mirando a la nada. Su mirada perdida expresaba a gritos que no estaba ahí, que estaba en cualquier sitio, pero no ahí, a la mesa, comiendo con aquellas damas, su compañía de siempre. Sus ojos, que inicialmente expresaban vacío, se abrieron de súbito hasta salirse casi de sus órbitas, intentando decir lo que sus labios ya no podían por el rictus de dolor creciente que se dibujaba en ellos. Miró sin mirar. Sus piernas bajo la mesa se encogieron y se estiraron y se volvieron a encoger con violencia. Sus manos se hicieron nudo y se replegaron en su pecho desesperadamente en un intento de desatorar la vida que empezaba a hacerse menos. Intentó levantarse pero sus pies ya estaban agónicos. Tampoco pudo cerrar los ojos. Su rostro, pálido e incrédulo, con dolor y miedo y sudoración espesa, se fundió con los restos —casi intactos— del pescado frito que reposaba en un plato casi indemne.

Quedó de bruces en una posición estúpida, sin satisfacer aquel que sería su último antojo.

A solicitud de la afligida esposa, el médico —vecino de aquella familia tan conocida en el pueblo—, llegó

presuroso. Sin perder su figura de galeno experimentado, con parsimonia midió e interpretó los sucesos. Instantes después, previo rebuscamiento de términos técnicos decidió sapientemente expresar... ¡Infarto fulminante!, pero es bueno decir que murió casi sin sufrimiento —agregó en un tono de cortesía innecesaria—. Su anuncio provocó sollozos de desamparo desgarrador de la sorprendida y repentina viuda y de la incrédula huérfana, propietarias de aquel cuerpo desvencijado e inservible.

Al paso de los minutos, el rostro crispado de aquel hombre recuperaba su expresión lacia, como si nada hubiera pasado, hasta recobrar un mutis casi voluntariamente tranquilo. Sus ojos estaban casi cerrados, como espiondo a sus dolientes. Sus piernas y brazos, laxos. Su cuerpo, inerte. La palidez, de un marfil mortuorio espantoso, negándose a cubrir aquella piel con escaso avejentamiento.

La sombra de los acontecimientos marcaba casi las tres de la tarde.

La noticia de la muerte corrió despavorida haciendo eco como truenos que avecinan tormenta de emociones. La fatalidad llegó sin demora a la gente conocida y extraña cuando el cuerpo del difunto todavía cedía a cualquier movimiento ajeno a su voluntad extinguida, cuando el espíritu —se cree— revolotea atarantado buscando el esperanzador haz de luz hacia el paraíso soñado.

A partir del resquebrajamiento de la tranquilidad, la sala de la casa se habilitó como velatorio, con las sillas pegadas todas a la pared y muchas más en el corredor. Los hijos del muerto, varones y mujeres, con esposas y maridos e hijos, sin excepción, se hicieron presentes como es común ante la presencia de la muerte. Antes de eso nadie disponía de tiempo para nadie. Ahora era diferente. Todo era irremediable ya, por lo que valía la pena la inversión histriónica.

El velorio se convirtió en romería. Llegaron compadres, conocidos de los compadres y amigos de los amigos. Era un jolgorio en el que sobresalía la efusividad de los reencuentros, tertulia en la que retumbaba el sonido del cubilete y se metía en los oídos el siseo de los naipes, y la algarabía de la charla en la que el muerto era el principal protagonista. De vez en cuando se escuchaba un gemido quebrantado y el sonido discreto de una lágrima resbalando sobre la mejilla de alguien con pesar verdadero. Unos cuantos se asomaban al vidrio del féretro y miraban con detenimiento el rostro de aquel hombre que se había adelantado en el viaje que a todos nos espera y nadie desea. Uno que otro, como no queriendo, se acercaba al muerto sin prisa y balbucía palabras ininteligibles, en un diálogo inoficioso con alguien que está sordo por tanta muerte, en una especie de última oportunidad para externar excusas o pedir discretamente alguna disculpa para obtener el perdón deseado.

Las horas de aquella tarde se fueron consumiendo al igual que la fragancia de las flores. La noche llegó con sus horas quietas, alargadas como rostros subyugados por la muerte. Los más allegados al difunto lograron vencer la oscuridad que se les fue diluyendo con la luz del nuevo día que sería inolvidable para todos... En verdad que sería inolvidable para todos.

Previo al entierro, en una labor depositada en exclusiva a los varones, se escogieron cuatro pares de brazos fuertes de hombres que cargarían sobre sus hombros el féretro gris con borlas doradas. Dos de ellos, hijos del difunto, exigieron el honor irrenunciable de encabezar el tránsito mortuorio. Las mujeres decidieron quiénes se harían cargo de las coronas bellamente adornadas con flores blancas. Los hombres, los que sufrían del aletargamiento de la cruda o de la borrachera casi desde que el interfecto se muriera, dispusieron de botellas de aguardiente y de trago refinado para compartirlo con los acompañantes durante el recorrido. Niños y jóvenes también se sumarían al cortejo por órdenes de sus padres, en un afán por conservar las tradiciones. Al final del gentío, sobre la góndola de una camioneta destartalada, dos músicos empíricos —que también estaban ebrios— aplicarían sus dotes sobre la vieja madera de una marimba que con tristeza, entonaría con voz ronca y llena de recuerdos las canciones predilectas del difunto.

A las tres y media de la tarde del día siguiente del deceso, hora anunciada por la familia para iniciar el ri-

tual del sepelio, las lágrimas de sus deudos le humedecieron aquel rostro pálido, arena de desierto, y el cuerpo del muerto quedó en total oscuridad cuando se cerró a presión la tapa del sarcófago.. Mientras tanto, los movimientos para ganar la calle cobraron rapidez y el agrupamiento de negro y blanco buscó la entrada principal de la casa, desde donde iniciaría el viaje sin retorno. Al menos para eso se aprestaban.

En la calle, bajo un sol abrasador, los cargadores acomodaron sobre sus hombros sus respectivos extremos de los dos gruesos maderos, sobre los que —con la ayuda de otros— dejarían reposar la caja con el difunto adentro. Detrás de ellos se instalaron rigurosos los deudos directos, dueños del muerto, cubiertos media cara con oscuros anteojos y abrazados férreamente en una sola línea. Más atrás, iban familiares y amigos. Luego se fueron acomodando, como podían, los borrachos desconocidos que buscaban la posibilidad de tragos gratuitos, y al fondo, en alto, la marimba que evocaba con tonos tristes y voces lánguidas, llorando sin lágrimas, un vals plañidero.

La comitiva avanzó poco a poco hasta llegar a la iglesia del pueblo. Ahí se escuchó misa y se juntaron los ruegos eclesiásticos para que el difunto —sin demora ni contratiempos— ascendiera al purgatorio en un camino luminoso y con la santa bendición del cura del pueblo. El calor para entonces provocaba sopor en el ánimo y licuaba los alientos fétidos a trago barato de

los trasnochados. Se sentía el olor acedo de las axilas de cuerpos sin bañarse desde un día antes, resoplos sabor cobre y espasmos que provocaban lágrimas de un dolor expresado o callado. El séquito encaminó sus pasos hacia el exterior de la iglesia y lentamente reinició la procesión hacia el cementerio. Como era costumbre, la gente ocupaba el largo y ancho de la avenida principal, abusando, sin tener plena conciencia de ello, de la benevolencia de quienes ajenos al ritual, necesitaban usar esa misma calle.

Para entonces, la sombra enlutada de la gente marcaba las cuatro y media de la tarde.

La procesión, con su inexorable paso lento aunque deseando llegar cuanto antes al cementerio, se aproximaba a su quinta cuadra de recorrido después de salir de la iglesia, cuando se detuvo porque entre gritos algunos hombres que encabezaban el sepelio al lado del féretro, insistían con bravura en ahuyentar a un perro desafiante, fuera de toda naturaleza conocida, que babeando y ladrando como si se sintiera amenazado por un espanto, arremetía con fiereza a los cargadores del cajón del exánime.

Después de la gritería y de proferir ofensas y serias amenazas al encolerizado perro, se continuó caminando con la cadencia propia de un sepelio y guardando en el olvido inmediato aquel incidente que no había pasado, por el momento, a mayores consecuencias. Sin embargo, dos cuadras más adelante, surgió reinciden-

temente de entre la nada el fiero animal que con mayor encabronamiento y necesidad, casi se atragantó con el pie de uno de los hijos del difunto que iba al frente cargando con tristeza los despojos de su padre.

Eso fue suficiente. Súbita y decididamente, el aludido instruyó detener por completo el proceso de enterramiento. Decidido pidió que dos hombres sopesaran directamente la parte delantera del sarcófago que él y su hermano sostenían sobre sus hombros, al tiempo que quitando el sujetador de madera, lo blandía cuan largo era para enfrentar al sobresalido perro surtiéndole un garrotazo que fue a parar en el centro del lomo, a medio espinazo, del animal. El gemido canino se escuchó lastimero al tiempo que recias e indignadas mentadas de madre eran proferidas por su garroteador. Sin embargo, el estallido de la violencia no había sido suficiente para detener al perro. Éste, con increíble fortaleza, ladrando con mayor enjundia y babeando profusamente, mostró sus colmillos filosos al momento de atacar de nuevo a todo aquello que se interpusiera entre su rabia y el extinto cuerpo.

Se oyó, de pronto, el silbido del palo de madera al cortar el aire viajando inmisericorde hacia la cabeza del indomable perro. Hubo un silencio que duró un instante, al tiempo que todos escucharon dos sonidos fríos: el crujido del belfo del animal y el golpe seco de la madera al rebotar sobre el piso cementado de la calle. Aniquilado el hocico del perro endemoniado, espantado y

maltrecho, y con la cola humildemente escondida entre sus partes nobles, decidió finalmente retirarse de donde nunca había sido convidado.

Fue cosa de un instante entre un suceso y otro.

Sudoroso, el hijo del difunto pidió se continuara con la procesión mortuoria. El palo, a medio limpiar por la sangre del hocico canino, fue puesto de nuevo sobre los hombros de ambos hermanos, y el féretro descansó de nuevo sobre los durmientes que le servían de tapasco de dos puntales.

La gente reinició la marcha fúnebre. La emoción de los comentarios del suceso se mascullaba entre dientes cuando un estruendo desconocido e inopinado fue escuchado casi por todo el pueblo. Los cargadores sintieron un vacío en la fuerza de sus brazos, un cargar nada, una energía que los empujaba hacia cualquier lado. Sus piernas flaquearon al tiempo que el palo de madera ensangrentado se desgajaba dolorosamente por la fisura provocada al momento de romper el hocico del perro y terminar su trayectoria en la dura piel de la calle cementada. Nada se pudo hacer que no fuera evitar que el féretro quedara fuera del alcance de ellos.

Fue un momento extraño en los anales de la historia de los enterramientos, señala José siempre que tiene la oportunidad de platicar esta remembranza verídica. Fue insólito. El ataúd se fue de bruces con todo cuerpo inerme. El metal de la caja crujió como cuando rechinan los dientes de miedo en una soledad cruenta. Nada na-

die pudo hacer cuando la caja rebotó varias veces sobre aquel piso pétreo. El ruido de metal y vidrio roto retumbó en los oídos de los dolientes, familiares y amigos durante mucho tiempo. Y el muerto ahí estaba, encogido, como niño en el vientre de su madre a punto de parir, de cara al fondo de su aposento.

Con la misma rapidez con que ocurrió el accidente, un vecino —quien participaba en el sepelio desde su puerta— facilitó pusieran la caja con todo y muerto en la sala de su casa. No hubo necesidad de abrir la tapa cerrada bajo presión, pues ésta se había abierto con el golpe de la caja al rodar por el suelo. En su interior había residuos de vidrios rotos y sangre, gotas de sangre fresca en un rostro pálido, con cortadas diminutas de donde discretamente escurrían hilos rojos, un púrpura radiante de una vida rescatada de la muerte.

Durante largas y espesas horas de esa noche, desde algún lugar impreciso, encima de la sorpresa que calaba la vergüenza de quienes habían salido huyendo despavoridos, se escucharon lastimeros aullidos de un perro con el hocico destrozado, y ladridos resonantes de triunfo por haber cumplido una encomienda más en esta vida llena de misterios.

## La Cinco Huesitos

—Nos vemos en el cine! —me dijo—. En la matinée del domingo que viene. ¡Me buscas! Te estaré esperando...

No recuerdo qué día de la semana habrá sido... lunes, miércoles o jueves. Sin embargo, desde aquel momento y hasta meses después de la cita, José anduvo engarrotado, sin hambre, con vacíos en el estómago y siempre con ganas frecuentes e involuntarias de ir al baño. Lo recuerda todo con intensidad después de largos años vividos. Y a estas alturas de su vida, le sigue provocando la misma e inolvidable sensación.

Fueron cosas que pasaron durante aquellos irrepetibles primeros años de edad, esa edad entre la niñez que se termina y la pubertad que se inicia esplendorosa, tierna, sobresaltada, llena de dudas, de juguetes todavía y de imaginarios amorosos del niño con la maestra; de no sentirse querido por los suyos —absurda soledad que abruma— y con ese permanente deseo de querer volar cuando aún la vida inicia.

Aquellos eran tiempos de vivir, de un verano a otro, siempre en verano. Con calores eternos, donde los pies ardían al leve contacto con la tierra. En aquellos años llovía y después salía el sol; o llovía con un sol radiante, y antes, después y durante la lluvia incesante, el calor allí estaba. Nunca se iba. Era la costa, tierra de gente singular, con el mar no lejos, pero a pie no tan cerca. Por las tardes, todas las tardes, cuando el sol ya se había ido o estaba por irse, esa gente y José se sentaban a la banqueta para esperar y mirar la llegada de una noche llena de estrellas y sentir en el rostro la tierna brisa del mar. Si llovía, era motivo suficiente para que, corriendo alegremente, intentaran que las gotas de agua coincidieran con nuestros corazones pensando que eran estrellas milagrosas.

Eran momentos de saludarse entre vecinos. Los vecinos que vivían al lado de las casas, de la casa de José, de la casa de otros, o a media cuadra. O aun aquéllos que viviendo lejos, más allá de una larga cuadra, eran también considerados vecinos. La distancia no importaba. Finalmente todos efusivamente se saludaban porque todos se conocían. Muchos de ellos eran compadres, o eran ahijados, primos o hermanos. Los más, eran amigos. Por eso, desde las seis de la tarde, con la brisa del mar en el rostro y el sudor saliendo a chorros, las calles se convertían en escenarios maravillosos. Los adultos, entre ellos los papás y las visitas que nunca faltaban, en la banqueta y en el tramo de una calle recién barrida y regada con agua varias veces para refrescar el ánimo,

platicaban horas y horas arrellanados en sus sillas plegadizas de madera, de mimbre, o de plástico duro en la vil banquetta. Según la temporada, en tanto la conversación transcurría, se comía mango piña, ataulfo, criollo o manila, previamente refrigerado para la ocasión de siempre. De vez en cuando se servía fresca sandía jugosa. Todo esto, previo a la cena que religiosamente se efectuaba a una misma hora y con la familia en pleno, y después, de nuevo a la banquetta y a la platicada.

Los adultos disfrutaban el interminable desahogo del orden del día que incluía los nuevos amores de la cuadra, los últimos abandonos de las esposas de maridos infieles, ni qué decir —o tanto qué decir— de las esposas descubiertas por el marido en torcidos amores, las quinceañeras del mes, los cumpleaños de las comadres, de los compadres, y de todos aquéllos que merecieran un agasajo con marimba o con tocadiscos, o sin música, pues al fin y al cabo cada quien aportaba su algarabía. Y si se acababan los temas sugeridos durante aquellas horas de escrutinio de la vida ajena, los comegente repetían la temática con el mismo entusiasmo como si nadie hubiese sabido nada o algo con antelación, o por aquello de las dudas que involuntariamente alguien hubiera omitido algún detalle importante. Mientras tanto, la actividad de los niños era otro acontecimiento que las más de las veces los adultos no se daban por enterados. O quizá lo veían pero actuaban como si no les importara. A veces era tal el desenfado y

desinterés de los viejos, que siendo niño te sentías ofendido o ellos provocaban que todo te valiera un bledo.

Los amigos y José, cada una de esas tardes inolvidables, se daban a la tarea de ocuparse en una de dos posibles actividades de siempre. O ambas, mientras se pudiera. Las dos por igual importantes y avasalladoras. Ni a cuál irle. La primera consistía en sentarse discretamente en el borde de la banqueta y fingiendo que jugaban, paraban las orejas para escuchar lo más posible las conversaciones adultas. Sin embargo, esto requería de la difícil complacencia de los adultos o de la complicidad de algún visitante que permitiera nuestra presencia cuando los padres, en desacuerdo, recriminaban a los hijos sin decir palabra a través de una sola mirada de fuego.

Se sabía así quién engañaba a quién, qué señoras eran afanosas, hogareñas, coquetas, quejumbrosas, fodongas, cochinas en sus quehaceres domésticos; o mejor aún, fogosas, celosas hasta el dolor callado o celosas hasta los límites de una actitud enferma dando gritos y surtiendo golpes. Rara vez se aludía a las bondades de ellas. Eso no era importante. Tampoco interesante. Bien enterados estaban José y sus amigos respecto a qué marido era haragán, mantenido, cumplidor, cínico, mandilón, roncador como el más feroz de los felinos...

Todo eso sucedía al borde de una banqueta y los niños fingiendo que jugaban.

De esas conversaciones José conserva secretos innarrables.

La segunda actividad, que se desarrollaba en grupo con los amigos, se trataba de extender las fronteras del dominio de las cuadras, cada vez más alejadas de sus casas, y sobretodo ubicar determinados domicilios donde radicaban hermosas futuras damas, que para entonces representaban motivos de suspiros cargados de neuronas y de ansias recién descubiertas. Eran bellas para todos. Hoy José sabe que en realidad eran niñas con cuerpos escuálidos.

José recuerda a la Yolanda, hermana de su amigo Eliud, que trabajaba como empleado de mostrador en la ferretería de los Chang, padrinos suyo de confirmación ante la iglesia de San Francisco, patrono del pueblo. Ese amigo, Eliud, de quien al paso de los años nunca más José volvería a saber, se encabronaba cuando le decían “Adiós, cuñado”. Sabía lo bonita que era su hermana, pero José creía que él odiaba pensar que ella un día fijaría la vista en un hombre.

El caso es que la Yolanda tenía su pelo ensortijado y alegre, abundante, siempre desparpajado y despeinado. Sus labios José se los veía seductores. A su cuerpo, a diferencia de otras niñas, empezaba la vida a esculpirle las formas sinuosas de mujer. Era otra niña más del barrio, pero con halo de picardía que enamoraba. Su plática la consideraba amena aún cuando poco hablaba pues de verla nada más, la mudez o tartamudez apremiaba el corazón de José y engarrotaba sus ánimos. Al menos eso provocaba en su débil empeño y en su frágil corazón.

Qué decir de la Teresa. Ella era el prototipo de la niña esbelta y educada en el mejor y único colegio de monjas de la localidad, de papás ricos con aspecto de rancheros; hembra de piernas largas y de caminar espigado, seguro y sereno; alta para su edad, de piel morena entreverada, nariz recta y pequeña, con unos labios oscuros y húmedos jamás vistos de nuevo, siempre olorosa a jabón como si se bañara siempre antes de que José la viera. Y lo más importante, con visos de mujer. Le encantaba verla siempre con aquella soberbia y seguridad personal —calculada y extraña a sus años— que a su paso cadencioso derramaba castigo.

Cada noche, en cada atisbador recorrido, José se llenaba de valor para acercarse a la casa de la Teresa, y verla lo más cercanamente posible, y como niño educado —y metiendo afanoso suficiente aire a sus pulmones— en tono solemne rezaba la frase de todas las noches a los que desenfadadamente platicaban en la banquetta: “Buenas noches” decía, y pasaba sudoroso, pálido y espantado mirando su sombra pegada al suelo.

José piensa que la Teresa se imaginaba que él, como otros contemporáneos suyos, había salido a la compra del pan o de la azúcar que siempre a esa hora escaseaban en los hogares, pretexto siempre esperado que representaba la única oportunidad para mirarla de reojo aunque fuera por un momento. Él sabía que el recorrido por ese rumbo era por sí solo una aventura osada por las diez cuadras que mediaba de la casa de la Teresa a la suya.

Para la camarilla no todo era juego y carreras sin sentido de niños deseando conocer el amor. También eran tiempos de escuela. José no recuerda, a excepción de la Yolanda, si las susodichas eran compañeras de escuela o del salón de clases. Sin embargo, a sus nueve infantiles años, acreditando su cuarto grado de educación primaria, en la 20 de Noviembre, la escuela del pueblo, con Antero, su maestro, el que producía música golpeando el escritorio como si fuera tambor, siempre andaba con los ojos abiertos deseoso de ver a niñas y más niñas.

La banda, bola de presuntos y novatos enamorados, se reunía durante el recreo y corriendo, porque siempre parecían gamos en celo, se acercaban a ellas y trataban de rozar sus cuerpos con los de aquellas jovencitas, y decían —ni siquiera a ellas, sino a ellos mismos— expresiones que las más de las veces eran soeces y tontas, y distantes, muy distantes a un discurso propio del galanteo inicial de los enamorados. Pero así lo hacían pensando que eso las atraería como los animales que se buscan percibiendo sus olores o con actos de violencia, aunque en su caso, a la hora del recreo, con aquel calor infernal del verano eterno, con todo el hedor a sudor que cualquier acercamiento provocaba graves cuadros respiratorios. Aunque a decir verdad —y sin ánimo de ofender al sexo bello— no sé qué olor a sudor era peor: si el de ellos o el de los cuerpecitos femeninos y tiernos.

De los amigos del barrio, José era uno de los más afortunados. Después de un largo proceso de economías, aho-

rros y sacrificios, su padre le compró una bicicleta “tipo turismo”, de doble uso, con cuadro color azul y llantas gruesas, con rayos niquelados que provocaban luces con el movimiento incansable de las ruedas, y de manubrio como de bicicleta de cartero, con salpicaderas cromadas que José siempre las hacía relucir. A esa bicicleta inolvidable le instaló un par de diablos, dos pequeños tubos de metal corrugado sujetos por ambos lados del eje de la llanta trasera y sobre los cuales podía llevarse, de pie, a un pasajero. Con esa nave maravillosa, los amigos y José hacían recorridos de conquista urbana entre la tarde que se moría y la noche que se hacía bulliciosa, sin ánimo de precaución alguna, con el Pancho Aguilar a lo largo de calles y calles, casas y casas, por la estación del tren, por el atrio de la iglesia parroquial, por todo lo largo de la Francisco I. Madero, la 5 de Mayo y la 16 de Septiembre, con algunas intersecciones, sus calles preferidas, en tanto que la lista de presuntas novias se enriquecía sobremanera.

Una de esas tardes, casi asomándose las primeras oscuridades de la noche a los acontecimientos, el destino los llevó —justo en el cruce formado por la Zaragoza y Aldama— al caserón en donde vivía aquel maravilloso ser que en nada se parecía a la Yolanda o a la Teresa. La vieron y no se quién de los dos le habló primero. Cree José que fue el Pancho. Sin embargo, eso no importaba pues el éxito de uno era el éxito del otro; la cobardía de uno era resuelta con el valor del otro, y los fracasos de uno eran solamente del desafortunado.

—Hola, ¿cómo te llamas? No hubo respuesta.

Ella estaba sentada al pórtico de su casa y mirando a la nada. José la observó como si estuviera triste y fastidiada. Hubiera sido lo mismo para ella estar sentada donde estaba o en cualquier taburete en su cocina.

—Hola... Yo soy Pancho... Y él es José, mi amigo del alma, mi tocayo, porque se llama José Francisco —dijo Pancho Aguilar con una actitud de atrevimiento insoportable.

—Y tú, ¿Cómo te llamas?, —insistió.

No hubo respuesta para las dos interpelaciones.

Y así, entre el cómo te llamas y yo soy Pancho y él es mi tocayo, mi amigo del alma, se sucedieron las semanas y los meses sin que la boca de ella hablara y sin que el ánimo de los galanes se arredrara.

Una tarde, que pudo haber sido cualquiera, indiférente, calurosa y sin viento, sin la compañía pegajosa del Pancho Aguilar, y sin proponérselo, José la encontró camino a su casa con una bolsa de papel en sus manos, que seguramente contenía pan y azúcar. La encontró simplemente. Él iba y ella venía. El encuentro con Gladis, que así se llamaba, fue inevitable. Tampoco tuvo tiempo de disimular una estrategia. Comprobó en ese momento el error cometido de su parte al permitirle al Pancho Aguilar siempre hablar por él mismo y por José. Aunque ahora piensa que el Pancho solamente hablaba por él.

—¿Quieres que te lleve? —le dijo—. ¡Súbete a mi bicicleta!

Nunca José había sido más estúpido.

—No gracias —le contestó en un tono por demás decente y delicado, ocultando el desagrado que su inexperiencia y madurez le habían provocado. En ese momento José supo que no era muda, que sabía hablar y que el tono de su voz era de un igual exacto al de los propios ángeles.

—Disculpa —le dijo con voz quebrada y trémula mirando al piso de la calle.

—Me llamo José, pero en mi casa me dicen de cariño Kiko. Tú me puedes llamar igual, si quieres.

—¿Y tu amigo? —espetó. —¡Qué raro que no venga contigo..! ¡Con eso de que siempre andan juntos..! —remarcó el tono. —¡Yo hasta pensé que vivían eternamente amarrados!

—Creo que anda en el mandado de su casa, —contestó José—. Aunque lo más seguro es que esté castigado —agregó.

—¡Cómo me cae de mal! No sé por qué pero me cae mal. Muy mal. Y además está feo, pero él se siente guapo e irresistible —dijo enfurecida.

José quiso preguntarle lo que pensaba de él pero la tartamudez se lo impidió.

Nunca José enteró al Pancho Aguilar de ese encuentro. Nunca lo supo el Pancho. No se le hubiera aguantado la boca. De por sí que el Pancho Aguilar era como la pobreza: estaba en todo sitio, en cualquier momento y bajo cualquier circunstancia, y todo lo discutía con vehemencia.

—¡Vamos a dar una vuelta por la Zaragoza y la Aldama! — le decía entusiasmado el Pancho Aguilar todos los días pardeando la tarde. —Hoy de verdad no puedo, amigo... —le decía—. Hoy no tengo ganas... —le reiteraba—. Tengo que hacer algunos mandados de mi mamá para la cena... —le acotaba hasta el cansancio. O le repetía la más grande de las mentiras: —Tengo mucha tarea y debo hacerla para mañana temprano.

¿Cómo José se acercó a ella? Nunca lo ha podido precisar. Recuerda, eso sí, que varios compañeros y amigos de la 20 de Noviembre —por supuesto que incluido el Pancho Aguilar—, querían robarle suspiros a ese corazón tierno y entelerido. Se moría de rabia y de celos. Sabía con seguridad que al Pancho Aguilar le gustaba la Gladis. Pero también le molestaba su burla cuando decía que era tan flaca que de frente se veía de perfil, y de perfil nada se veía.

José llegó a odiar al Pancho Aguilar. Sentía que la ofendía y le daba rabia no expresarle su molestia pues descubriría, no sin antes hacerle una sarta de preguntas, que todas las tardes se sentaba, a veces a platicar, a veces sin decir nada, en la esquina de la Zaragoza y la Aldama. Que diariamente veía a la Gladis y la sentía cerca de él. Que cada vez perfeccionaba más su discurso con el que le declararía sus emociones, sus sentimientos, todo su amor por ella. Cómo decirle, al pinche Pancho Aguilar —pensaba José— que veía diariamente a la Gladis, y sintiéndola consigo se la imaginaba diciéndole

emocionado “¡Sí, Kiko, te acepto! ¿Por qué te tardaste tanto?”

Camino a casa, con la bicicleta jalando, José reflexionaba y se recriminaba el porqué de su cobardía y temor al no declararle su amor. Siempre encontraba argumentos que eran razones suficientes para posponer al día siguiente, a partir que la tarde agonizaba, la inaplazable declaración de amor. Le inquietaba que la Gladis tuviera dos años más que él. Le enfurecía que a la Gladis la gente la apodara *La Cinco Huesitos*. Le avergonzaba, y más que nada temía que él fuera incluido como tema de conversación de las banquetas, diciendo que la novia estaba por terminar la escuela primaria, y el novio con hedor a sudor por el tránsito de la niñez a la pubertad, con un montón de barro en la cara, y todavía con la necesidad de recibir abrazos y caricias de su madre.

Camino a casa, con su bicicleta arrastrando, refunfuñaba su triste presente y no comprendía cómo resolvería el futuro inmediato. A sus nueve años de edad su vida se enfrentaba a un problema extremadamente complicado, a un problema que tenuemente tenía fondo incierto o más bien forma femenina. Lo pensaba y lo repensaba, y en lugar de tomar valor, se encabronaba consigo mismo. Y todo seguía igual.

Como todo un caballero, por los buenos modales aprendidos de las lecciones domésticas, a las ocho en punto de la noche se despedía de la Gladis después de un inútil preámbulo eterno de acercarle sus labios

y rozar su mejilla. Así vio pasar tiempo, oportunidad y desesperanza.

—Nos vemos mañana, Gladis...

—Hasta mañana, Kiko.

Era una tarea que debía hacerse con todas sus letras, a sus horas siempre, con sus tiempos exactos. Nunca menos, mucho menos más. No entendía José lo que ella quería. No entendía tampoco cómo ella no se enteraba de su angustia y la manera cómo sus ojos la miraba. No comprendía por qué ella no percibía el sudor de sus manos y la caída de su mirada ante su cercanía. Seguro estaba que poco o nada le importaba su olor a sudor y a ese otro olor infantil característico a goma y lápiz durante los ciclos escolares de la escuela primaria.

José no recuerda si fue lunes, miércoles o jueves, pero de pronto, en una de las despedidas de una noche inolvidable, se hizo el milagro. Ese día la visita no llegó a su final a las ocho en punto de la noche como era la costumbre. Para entonces, José observaba distraída a la Gladis, lejana a la plática de por sí vacía. Notaba cómo ella se mostraba irritada, incómoda, como queriendo decir algo. No sabía si a él. Algo raro pasaba en ella.

Sucedió repentinamente. La Gladis, sin preámbulo le dijo:

—Nos vemos en el cine. En la matinée del domingo que viene. ¡Me buscas! Te estaré esperando...

Sin agregar la acostumbrada despedida, la vio entrar de prisa a su casa, la escuchó cerrar la puerta y poner la

aldaba de un solo golpe, y con coraje colocar la tranca que daba seguridad a los habitantes de esa casona.

—¡Me buscas! Te estaré esperando... ¡Me buscas! Te estaré esperando... —le retumbaba en los oídos hasta llegar a su casa más temprano de lo acostumbrado.

—Y dai, tú, ¿por qué vienes tan temprano? —le preguntó su papá.

No tenía la mínima intención de responderle a su padre. Como quien vive solo, entró a su casa, aventó la bicicleta y cruzó a todo lo largo la casa que le pareció oscura, desconocida y vacía. Como llena de fantasmas. Llegó al patio y quiso recostarse sobre el tendedero de ropa habilitado sobre piedras grandes del río Zanatenco. Sin desear entrar al único cuarto de la casa en donde se ubicaban en conglomerado las únicas cuatro camas de la familia, sacó su catre de lona con patas de tijera al corredor de la habitación y recostándose, miró a un lado de las tejas del techo un cielo desconocido, y percibió un aire reposado y fresco, ajeno a él, que le golpeaba el rostro. Argumentó calor excesivo en su cuerpo, y se quedó en ese sitio, lejos de las miradas o presuntas interpretaciones de sus padres y hermanas e intentó dormir durante la noche que se hizo aciaga. Cerraba sus ojos y los abría de súbito. Abiertos los ojos deseaba cerrarlos con el deseo irrefrenable de escuchar:

“¡Me buscas! Te estaré esperando...”

José no recuerda si fue lunes, miércoles o jueves, pero desde entonces en la mente solamente daba cabida

a dos pensamientos: la espera ansiada del domingo por la mañana y un nombre, uno solo: la Gladis, más conocida en el mundo de los amigos y del barrio donde él vivía, con el mote nada grato de *La Cinco Huesitos*.

En tiempos propicios e inaplazables para hacer recuentos e inventarios, se detuvo a pensar que su rostro, para él —y piensa que para los otros rufianes también— era perfilado, casi sin carne, piel tersa y blanca —más a esos años— y labios seductores. Sus ojos se los veía traviosos, juguetones, oscuros, llenos de esperanza, deseando ella tenerlos más grandes para mirar más. Su rostro, entonces, sin equivocaciones, era hermoso. Sí, su rostro era hermoso, porque de su cuerpo, flaco y entelerido, poca cosa o nada José tendría qué decir. José solamente recuerda su rostro como de virgen.

Toda ella era flaca y pálida, sin rastros todavía de la mujer que llegaría a ser para beneplácito de otros. La Gladis era todo lo que sus ojos deseaban ver. En verdad, y más allá de los encabronamientos de José, en el fondo nunca le importó que le dijeran *La Cinco Huesitos*. Finalmente, eso la hacía más ligera, más ágil, más hermosa. Como un ángel liviano y juguetón brincando de un sueño a otro, de un capricho a otro producto de un corazón tierno y enamorado. A sus años le costaba distinguir entre sus momentos de juegos y su mirada de amor de enamorada principiante.

Llegó el domingo.

Y con ese día, desde temprano, llegaron las prisas de un baño concienzudo, con jabón de pante de olor hostigante, ropa recién planchada: chazarilla celeste de popelina de confección casera y un pantalón de dacrón papujo y lustroso de tanto detergente, sol radiante y planchada diaria; vaselina a granel para simular y dominar dos remolinos traseros del cabello de José; zapatos viejos esmeradamente boleados que en mucho no ocultaban su deterioro, y el permiso riguroso con el respectivo importe de la admisión con un costo de dos pesos, después de mil intentos de convencimiento a su padre. Ni un centavo más.

Llegó la hora.

Era una mañana caliente como todas, sin nubes oscuras, sin malos presagios, pues todo lo que vendría sería inédito.

José salió de casa a escasos minutos de la hora sugerida, con la convicción que debía llegar puntual a la cita, o mejor aún, con tiempo anticipado y suficiente para controlar los espacios del encuentro, o la ubicación de la Gladis en el caso que ella llegara antes que él y tuviera una butaca al lado suyo en espera de su arribo. La película daría comienzo a las diez de la mañana en punto.

José caminó con paso rápido, agitado y tembeleque, como bembo, las cuatro calles que separaban su domicilio del sitio inolvidable de la cita: el Cine de la Rosa, único y desvencijado antro en servicio o de medio servir; rincón de tantos enamorados de aquel entonces, de en-

cuentros furtivos en los pasillos en tinieblas, parejas semicubiertas por las cortinas gruesas de mugre de color marrón, escenario testigo de amoríos leales y desleales pese a los olores fétidos a orín que a todos ofendía, y del pulguero que se te metía hasta detrás de los recuerdos.

Llegó tarde. Acto por demás imperdonable. Eso representó un problema verdadero e imprevisible. José entró al recinto y también entró a la negrura más espesa. Dando tumbos y con los ojos a punto de salirse, miraba y mirada las filas de butacas casi destruidas en una matinée a la que acudían todos los niños, de edades diversas, de la población entera. Sintió que el desánimo y la desesperación hacían presa de él.

Los minutos transcurrían sin que José intentara al menos mirar al que estaba enfrente de él. Como de costumbre, iniciada la función de los domingos, las butacas se atestaban y los pasillos de ambos lados se convertían en áreas intransitables.

De pronto, se sintió jalado con fuerza y al regresar sus ojos de donde casi se le habían chispado, se vio en la penumbra sentado al lado de *La Cinco Huesitos...* El lugar había estado reservado para él al lado del pasillo en un acto milagroso, como a sabiendas ella que José llegaría retrasado y sabedora también que él jamás hubiera intentado un desaire para ella.

—Acá estoy, Kiko. Te guardé tu lugar, —le dijo. — pensé que no vendrías a tiempo...

José supo hasta entonces que no había sido un sueño.

Nunca hubo diálogo. La película, recién iniciada, mexicana, de vaqueros, *El látigo negro*, con Julio Alemán en papel protagónico, la vio José sin verla en la más terrible de las inquietudes. Estaba al lado de ella. Escuchaba su respiración. Sentía el olor de su cabello. Miraba de reojo sus manos en el supuesto palpitante que intentaban encontrar las suyas. Las manos de José, mientras tanto, sudorosas como un manantial, las mantenía entrelazadas a la sombra protectora del calor de sus piernas. A la Gladis, en cambio, la observaba serena, arrellanada en su butaca, atenta a *El látigo negro*, en las últimas escenas de la película. El tiempo había transcurrido lastimosamente rápido.

Así llegó el momento —que con exactitud, recuerda José—, antes que la luz ámbar se encendiera. La Gladis cruzó sus brazos a su cuello y posando su angelical rostro sobre su cara, depositó su tierna boca abierta sobre sus labios en un acto violento, efímero, con fuego, más bien con salvajismo. La oscuridad se hizo luz en el cerebro de José y *La Cinco Huesitos*, con la agilidad de siempre, se levantó de súbito.

Le dejó los labios mojados. Sus ojos estaban tan abiertos que pensó que todo él saldría a través de ellos; las piernas flácidas; los brazos laxos y sin fuerza; su corazón palpitante y el estómago lleno de empacho emotivo. Era José una realidad que nadie creería. Ni él mismo.

Desde entonces tuvo noches de vigilia. Se estremecía durante largas jornadas nocturnas echado sobre el

catre donde dormía solitario, en un corredor donde revivía ese mundo, hasta ese domingo desconocido, y sin poder contárselo a nadie; imaginándose y martirizándose sobre cómo procuraría un segundo paraíso.

No le quedaba claro si después del beso, el primero de su vida, la Gladis y José fueran novios. Poco recuerda, por raro que parezca, si las visitas de las tardes pardeando la noche se llenaron de flores y estrellas. Parecía que la Gladis, con su embrujo, había borrado desde antes, durante y después de casi cinco décadas, esa parte de su historia inverosímil.

A veces José se pregunta qué queda en él de aquel asalto en el cine. La respuesta es inmediata: no queda más que recuerdos lejanos. Casi nada. Deja José a los estudiosos de la conducta la búsqueda de la Gladis en esa parte interna suya que ni él conoce.

¿Qué fue del Pancho Aguilar en todo este enredo? Tampoco lo recuerda. ¿Supo de aquel primer amor, estremecedor y temerario con la Gladis? Quién sabe.

A más de cuarenta y cinco años de acordarse del suceso de aquella memorable cita con *La Cinco Huesitos*, le entusiasma pensar en lo bello que fueron esos tiempos, en lo hermoso que son los tiempos de ahora con otros protagonistas, en la tragedia del subconsciente en la que a veces llegan a convertirse los iniciales romances en esos espíritus infantiles llenos de deseos por vivir la vida, historias de amor que después de nacidas, nunca mueren.

De aquella Gladis de once años de edad poco recuerda. De la Gladis de ahora, nada sabe. Si el destino la pusiera a su lado en una calle cualquiera —a los cincuenta y cinco años de José—, con su rostro hermoso con rasgos de edad madura, quizá tan delgada como siempre o un poco diferente, no la reconocería. A ella, y ella sin saberlo, José le vive agradecido por haberle hecho sentir el más feliz de los seres humanos en esa edad tierna e irrepetible.

Nunca más, al paso de los años, la volvería a ver.

Mientras tanto, una que otra noche, en tiempos de ahora que sobre sus cabellos peina canas, José abre sus ojos y en medio del silencio a deshoras de la madrugada, escucha un eco que le dice: “¡Me buscas! Te estaré esperando...”

Que Dios la haya bendecido —dice José—. Si no, tiempo es que pida por ella.

## El destino que cayó del cielo

Lunes, 18 de julio de 1958.

El alba terminaba su despertar en las casas del rumbo de San Roque, la iglesia del barrio bautizado con el nombre del santo patrono. Amanecía como un día cualquiera. Nadie imaginaba el acontecimiento que pronto, a escasas cinco o seis horas, sucedería lo que nunca antes aquella gente de mitad del siglo XX había visto ni en película. Nadie suponía que al filo de las dos de la tarde, tendrían la oportunidad de vivir una experiencia fatídica y cruda como testigos afectados en carne propia, o como testigos en calidad de fisgones. En ambos casos, el suceso merecía la atención de todos.

A la aparición de aquellas primeras luces, el trajín doméstico acostumbrado se iniciaba afanosamente. Donde había niños, se escuchaban mañaneros gritos que aceleraban, a veces de forma imperceptible, la salida oportuna hacia la escuela. Donde además de los hijos, había maridos exigentes, se preparaba un desayuno

formal para que el hombre, con la barriga llena, se hiciera camino hacia el trabajo.

No era el caso de la casa de José. A exigencia de su madre, sus hermanas y él, a estirones y con los ojos adormitados los levantaban temprano, casi igual que los adultos, para que en familia hicieran las tres comidas, en una mesa en la que cada quien disponía de un sitio eternamente asignado: el papá a la cabeza, la madre a la derecha del papá, la hermana mayor a la derecha de la madre, la hermana gemela enfrente de la hermana mayor, y José enfrente de su madre, a la derecha de su hermana gemela, pero sobretodo, a la izquierda de su padre. Así fue siempre, así se fabrica el recuerdo hasta donde la memoria alcanza y que se extiende años después cuando se agrega el hijo menor, el consentido, el chunco.

Casi al medio día, la vida de la casa de José transcurría con normalidad. La faena de la hechura de la comida estaba concluida, y su madre, doña Clara, terminaba de bañar a los tres hermanos. El baño diario de esos tres amores lo hacía su madre a la intemperie, sobre un lavadero de cemento, con un movedizo tanque contiguo también de cemento, de esos que ahora ya casi no se ven, bajo la sombra de un frondoso, galán y legendario árbol de pochota, a jicarazo limpio, con agua abundante y fresca en temporada de calor, o con agua templada en lumbre de fogón de leña de pino en tiempos de frío. Uno a uno habían sido bañados los hijos aquella mitad del

día, todavía encuerados sin que esto importara por la tierna edad que ostentaban.

En aquellos tiempos, te levantabas y escuchabas el cacareo de los gallos despertando a sus gallinas que estiraban y sacudían sus alas con pereza. A las seis de la mañana y a las seis de la tarde, infaliblemente escuchabas el rebuzno de los burros que era tan común verlos como si se trataran de conocidos de siempre; o en las primeras horas matutinas, el trino de los pájaros; por las madrugadas, los ladridos de los perros ahuyentando a los espantos. Pero sobretodo, durante todas las horas del día sentías la caricia en tus oídos prodigado por el sonido cadencioso de un viento suave que refrescaba los cuerpos tórridos, viento que traía desde no muy lejos la brisa de la cañada de San Fernando.

Pero algo andaba mal porque, ese medio día, después de escuchar los cacareos del gallo, el rebuzno de los burros durante su primera sinfonía, el trino de los pájaros y la ladradera de los perros en las horas de la madrugada, un silencio diferente rompía esa bella armonía cotidiana. Era uno de esos silencios que resuenan en el alma a sabiendas que algo sucederá, como premonición fatal. Cualquier sonido, entonces, hasta del silencio, quebraba la quietud de esa vida apacible.

De pronto se oyó un bramido, algo que surgía de las entrañas de lo desconocido. Un sonido diferente y nuevo... Algo que se acercaba con un ruido estruendoso, porque no solamente era el ruido, era algo que el

ruido arrastraba con pesadez provocando miedo... Ese bramido era como si alguien, que estando bien borracho después de engazarse con harto trago, roncara con ronquidos de agonía con su rostro pegado al nuestro.

Todo fue extraordinariamente rápido. Se llevó justamente el tiempo en el que los ojos se cierran y se vuelven a abrir ante lo inaudito. Bruscamente, sin detenerse a pensarlo, la madre, como previendo algo, rápidamente aventó —sepa Dios hasta dónde— la jícara y el jabón de pante, y tras estos enseres arrastró el cuerpo fresco con el agua todavía cristalina sobre la piel de José, lejos de donde percibía que brotaba aquel sonido infernal. Al tiempo de alcanzar a sus hijas, gritó la madre de José, llena de pavor, que abandonaran el patio y se metieran cuanto antes a la casa, en busca de las gruesas paredes de adobe y bajo el frágil techo de teja predestinado refugio y cobijo de tantas desgracias, y de tantas historias por contar.

No había que caminar demasiada distancia. Del árbol de pochota, con su sombra que cobijaba al lavadero de cemento, había al menos ocho metros de patio. Así se alcanzaba el corredor de la casa acondicionado como cocina, y por fin la sala, que daba a la calle. Visto así, no eran más que doce o trece metros que doña Clara y sus hijos debían correr o gatear para salir de ahí despavoridos ante la amenaza, hasta ese momento ignorada completamente por la hermana gemela y hermana mayor de José.

Para entonces, el ruido que surgía de algún lugar impreciso había pasado de largo en un instante que no dio

tiempo a la reflexión, entre el surgimiento del bramido, el estallido y su decaimiento. Dos minutos o menos, quizá. Después... un silencio breve, muy breve...

Mientras tanto, durante el intento incipiente de detener la carrera en la sala, tan pronto como el sonido mermó en intensidad, de nueva cuenta se le escuchó abrumadoramente casi a espaldas de los que huían. Sólo la madre de José, cuando platica de ello, revive aquel sonido en su memoria y en sus emociones.

Durante ese instante, madre e hijos daban vueltas en el interior de la sala sin encontrar la puerta hacia la calle, justo segundos antes, de sur-oriente hacia el poniente-norte, como viniendo del panteón municipal que se encontraba a escasos ciento cincuenta metros en línea recta de la casa de José, una gigantesca aeronave, panzuda, de aspecto aterrador, de tres motores, de esas de la segunda guerra mundial, que cubrían las rutas económicas de aquellos tiempos, cargada de telas de colores novedosos por la moda, latas, mucho detergente, leche, costales inmensos de café en grano, cuatro personas indebidamente registradas como pasajeros, el piloto, el copiloto y el mecánico de vuelo, habían iniciado su desplome a tierra arrasando casas, provocando incendios que calcinaban cuerpos con hambre por la hora que era, destruyendo escasos activos pobres de gente por demás pobre.

El padre de José, don Belisario, a punto de concluir su jornada laboral matutina, se decidía a abordar su bi-

cicleta para irse a casa a comer como Dios manda. Él, de treinta y dos años de edad, con tres hijos y esposa que mantener, se esforzaba afanosamente para obtener la frugal raya trabajando como operario en el foto estudio de don Ángel Ocampo, fotógrafo famoso de aquellas inolvidables décadas de los 50 y 60. En eso estaba cuando escuchó que la gente, que siempre aparece como hormigas ante el surgimiento de un caramelo, corriendo y llena de algarabía, sorpresa e incredulidad, se decía entre propios y extraños: ¡Se cayó un avión! ¡Se cayó un avión! ¡Dicen que hay muertos por todos lados! ¡Vamos a mirar!, ¡Apúrense, no nos vayan a ganar un buen lugar para mirar!

Y es que ese medio día de aquel dieciocho de julio, casi cinco minutos antes de las dos de la tarde, la gente vivía con el calor de siempre del verano; con un cielo lleno de color azul con escasas nubes blancas, y con un viento apacible y acariciador. Era normal ver a la gente ir y venir de todos lados, rumbo a casa, de regreso de la visita de alguien, prestos a comer plácidamente con la familia. Me hubiese gustado ver a todos, desde arriba, y observar cómo los puntos de las líneas del destino se unirían bruscamente, en un instante, hasta anudarse con fuerza sobrenatural.

¡Se cayó un avión! ¡Se cayó un avión! ¡Dicen que hay muertos por todos lados! ¡Hubo una gran matazón de gente..! Escuchaba repetidamente don Belisario rumbo hacia donde el arguende se desarrollaba.

Mientras las calles se encontraban despejadas por el poco tráfico, pedaleó y pedaleó frenéticamente hasta llegar a escasas tres cuadras del punto trágico. A partir de ahí, llegó como pudo para unirse al espectáculo, orientándose a la distancia por la nube de humo negro, que poco a poco cubría aquel cielo azul y con escasas nubes blancas. Se quedó acalambreado cuando tuvo conciencia que el accidente había sido por su barrio, que la panzuda nave había caído sobre varias casas, y lo que era peor, entre esas casas, la suya. Qué lejos estaba el padre de José de imaginar que en su propia casa el destino se había hecho presente de manera cruenta y que con ello se avecinaban nuevos rumbos, acontecimientos que marcarían su vida y la vida de los suyos. Más lejos estaba de imaginar que el destino le caería del cielo.

Es hermosa la capacidad de la gente en construir historias ficticias, contabilizar cadáveres inexistentes, derramar lágrimas por decesos supuestos e imaginarios, rezar con anticipación por aquello de que se ofrezca, prepararse para lo peor y primordialmente, agenciarse de todas las fuentes posibles con la mayor cantidad de información. Cualquier dato, al momento de comentarlo, llevará implícito ineludiblemente, un rostro serio y adusto y el sello registrado de verdad absoluta. Además, la afirmación de que la información vertida es producto de una vivencia personal y directa. Así es esta gente, la gente de siempre.

No hubo muertos en la familia de José.

Sin embargo, Enrique, un muchacho que por fiebre alta debida a gripe había decidido no ir a trabajar esa mañana, murió al instante, y quizás sin dolor, con el cráneo apachurrado por un adobe desprendido de la parte más alta de la pared de su casa, momento después de la sacudida violenta provocada por el estallido de una de las alas del avión. Por quemaduras graves también murieron dos hermanos, de apellido Vázquez, junto con el padre y la madre, que vivían sobre la octava oriente, a la vuelta de la casa de José, muy cerca del panteón, punto de contacto del avionazo; uno que otro pasajero del avión y toda la fauna doméstica de las casas destruidas como perros, gallinas, marranos y gatos. Dice la gente que era insoportable el hedor a carne asada. El fuego calcinó arbustos y grandes árboles como la pochota, que estaba en la esquina sur-oriente del terreno de la casa de José, y el nambimbo, junto al baño, que casi ardió totalmente.

Al interior de la cabina de la aeronave, la gente se quemó a tal grado que uno a uno se fue muriendo, a la par que sus gritos se hacían menos. Entre el crepitar de las llamas y el miedo a las explosiones que se sucedían de momento a momento, la gente escuchaba alaridos de dolor, gritos cargados de angustia y desesperación, espasmos suplicantes en voz alta pidiendo favores de un salvamento imposible, con un deseo fervoroso para no morir en tiempos anticipados. Tuvo que pasar mucho tiempo, comentan aquellos que recuerdan la tragedia,

para que se borrara de los oídos aquellos gritos que eran la mismísima representación de la muerte.

El impacto y la primera explosión al unísono, fue causa para que doña Clara, enloquecida, finalmente encontrara la salida de la casa, y como pudo, buscara la casa del padrino Ramón Archila, un pariente que vivía cerca, cruzando a diestra y siniestra a través de casas y parcelas de los vecinos que, sorprendidos, miraban la huida de aquellos seres espantados hasta los huesos. Debió haber sido un cuadro trágico que causara pesar en los vecinos, aunque no faltó un desgraciado que dijera, días después, con su verdad pegada a sus palabras infames, que la madre de José, a su paso atormentado, se había robado de su casa una plancha de carbón.

Durante la huida grotesca y violenta, nunca importó a la madre el alambre de púas de las cercas, las piedras de todos tamaños esparcidas sobre la tierra negra y quebradiza de los patios en donde posaban los pies diminutos y descalzos, tampoco las gallinas o marranos que sorteaban o caían encima de ellos con los ojos casi fuera de sus cavidades, ni los perros que ladraban furiosos por la presencia de esos espantos humanos.

No hubo tiempo para la reflexión que prodigara cuidado durante aquella inesperada travesía. Se arremetía con la fuerza bruta de una madre desesperada para no perecer ella y los suyos.

Los rostros de los niños y de doña Clara estaban cubiertos de tierra de caliche o de tierra negra con tizne

por el humo que les golpeaba la vida, los calzones en el cuerpo se hacían jirones, la piel se abría en surcos con las puntas del carrizo de los corrales, pero los cuerpos se abrían paso sin importar nada, a costa de todo, con el deseo frenético y desesperado de estar lejos y desaparecer de ese cuadro trágico, lo más cercano a un castigo divino.

Habrán sido cien metros de cruzar patios ajenos, romper carrizos, toparse con alambres, no escuchar los ladridos de los perros. Era un tiempo breve de caer y levantarse sin sentir dolor, de correr exasperado y de sentir la muerte bebiendo de sus espaldas las últimas gotas del agua cristalina del otrora refrescante baño bajo la sombra de la pochota, y sujetarse de la mano y de cobrar conciencia del sonido inequívoco de explosiones y el olor a humo y el conocimiento de que se está cayendo en desgracia.

No sé qué tiempo habrá pasado para que se encontraran con su padre, pues él sabría de ellos mucho rato después del accidente. Sin embargo, qué fortaleza de don Belisario cuando la familia completa estuvo frente a él. Ellos eran ante sus ojos y ante la mirada acuciosa de la gente, un cuadro de miseria, de susto, despojo y desnudeces. El rostro de la madre, de las hermanas y el de José, denotaban una pena desconocida y extraña, muy extraña. Las piernas y los brazos y todo el cuerpo les temblaba sin cesar. La palabra había enmudecido. Sus cuerpos ahora se mostraban mojados de un sudor que empezaba a agriarse. Se veían como recién llegados

del infierno. Una explicación no cabía. Todo era incredulidad y llanto, oración a gritos en una voz quebrada, deseos de la madre de José por creer en Dios o de arrepentirse por haber vivido alejado de Él. Era un deseo incontrolable de escuchar una palabra de aliento y de consuelo que no llegaba y que nunca llegó. Se vieron y se sintieron juntos y no importó otra cosa que no fuera verse y saberse vivos.

En el aeropuerto reinaba la tranquilidad media hora previa al despegue. Todo era trajín. Los trabajadores de la empresa iban y venían subiendo la carga al avión. El personal técnico de tierra se aseguraba que todo lo concerniente a la aeronave se cumpliera con los niveles requeridos de cuidado y observancia de las normas regulatorias que deben anteceder a todo vuelo. Por lo menos así debió haber sido. El plan de vuelo estaba trazado y autorizado. La tripulación se aprestaba a un vuelo más hacia un lugar agreste, y los pasajeros abordaban y se sentaban sobre bancas o bultos, o en donde podían, jubilosos de regresar a casa o iniciar alguna encomienda de negocios o de cualquier índole.

El reloj marcaba quince minutos antes de las dos de la tarde.

El avión, que había sido dejado libre en plataforma de su tren de aterrizaje delantero y a expensas ya de la fuerza de sus motores, empezó a moverse apuntando su nariz rumbo a la cabecera de la pista indicada por el personal de tráfico aéreo, lentamente, con su carga

excedida y los pasajeros apilados como cajas, adicionalmente al peso del enorme trimotor. La comunicación fluía de la cabina hacia la torre de control y de ésta a los oídos del piloto y copiloto. El mecánico de vuelo señalaba que todo indicaba estar en los parámetros de normalidad. La autorización del despegue fue dada tras la frase fraterna de “Buen viaje”. Y el avión estaba solo, en la cabecera de la pista, con una serenidad fría, deseoso de embestir al viento de frente que suavemente rozaba su cuerpo metálico.

El destino marcaba la una de la tarde con cincuenta y tres minutos.

Una mano, con seguridad y experiencia por los años, sujetó los controles de velocidad, imprimió la fuerza necesaria en un movimiento paulatino hacia adelante y fue provocando que los motores rugieran con fragor creciente, hasta sentir que la aeronave reclamaba saltar hacia los aires. Toda ella se sacudió en un mismo sitio con la fiereza del sonido de sus motores. Las llantas del tren de aterrizaje comenzaron a rodar, y con mayor fuerza a cada instante, el avión devoró los mil metros de la pista hasta levantarse penosamente deseoso de sentirse sin ataduras en la búsqueda sin escalas de su destino.

El trimotor despegó con aquel sobrepeso más allá del límite permisible de los seis mil kilogramos de su capacidad de carga. Despegó y la falla mecánica de uno de sus motores se hizo presente. De inmediato y con la

escasa experiencia del copiloto, sin esperar órdenes directas de su capitán, piloto de la aeronave, se apresuró a cortar parcialmente la energía eléctrica del sistema del avión, con lo que las palas de la hélice se perfilaron y el motor herido se detuvo en una muerte inmediata. Fue un momento de zozobra, de incredulidad y de un temor creciente por lo que eso representaba.

Fueron escasos segundos los transcurridos desde los primeros movimientos del recorrido de despegue del avión, hasta el momento en que se produjo la falla mecánica de uno de sus motores, en una fatídica sucesión simultánea de sucesos.

El avión había iniciado su viaje y prácticamente lo concluiría momentos después. Durante ese tiempo por demás breve, José no imagina el rostro de los tripulantes, las ideas agolpadas en su mente, la sensación de la magnitud del peligro, el deseo sorpresivo de no querer morir, la incredulidad de los hechos, el querer llegar vivos, el no saber qué pasará en el instante del contacto violento contra todo, contra el destino mismo.

El avión despegó y comenzó a arder. Más allá del carreteo de despegue sobre la pista enchapapotada de un kilómetro, el avión iba sentenciado a morir a escasos metros después de iniciado su vuelo. Debió impresionar instantes después de despegarse del suelo, la estela de humo negro pariendo de uno de sus motores, como trazando la ruta más directa hacia la muerte. Quizá, entonces, los pilotos decidieron regresar al campo aéreo

al reparar en el grave problema que estaban viviendo. Quizá ante la imposibilidad de hacerlo, por un instante decidieron caer en la cancha de fútbol de la escuela secundaria del pueblo, la cual a esa hora estaba atestada de jóvenes que concluían sus clases y partían a sus casas, aunque quizá en ese momento se movían con los pelos erizados por el terror por lo que sus ojos veían que se acercaba del cielo.

Quizá el piloto, cumpliendo con su deber e intentando salvar la vida suya y la de los demás, viró el timón con el ánimo de caer sobre el panteón municipal. Mejor rematar a muertos que matar a vivos, razonó tal vez. Pero el trazo, por demás riesgoso, virando casi sobre su costado izquierdo, y como golpeándoles el rostro las tejas de las casas que parecían ser tocadas con las manos, el tren de aterrizaje rozó la parte alta de una loma, y con esfuerzo sobrehumano, logró medio enderezar el rumbo de la nave con la esperanza puesta sobre las tumbas, y sin cálculos de nada. Quizá la pena y la derrota cayeron sobre el piloto cuando más allá de sus deseos, la nave sobrevoló el panteón municipal y vio frente a sus narices las calles y las viviendas sobre las que el avión se fue estrellando.

Con el choque del fuselaje contra las casas y el suelo, los dos pilotos fueron expulsados de la cabina y no pararon sino hasta la siguiente cuadra, en un vuelo sin escalas y sin avión de aproximadamente cincuenta metros. Golpeados y maltrechos, fueron los últimos en lo-

calizar y ser rescatados, pues habían caído entre maizales de las casas vecinas. Se requiere creer en los milagros para aceptar esta verdad, suceso que la gente repitiera a lo largo del tiempo, incluso hasta ahora.

Nada quedó de la pochota, bendito árbol legendario de la región. Se partió en dos como se rompe una esperanza, no sin antes, en un acto de improvisada y equitativa venganza, partir por mitad al avión que, en su trayectoria de costado, había venido destruyendo todo a su paso. Gracias a la pochota, la parte posterior del avión quedó en el patio, a escasos metros de donde la casa de adobe se mantenía en espera de lo inevitable. La frondosa pochota evitó que el avión no quedara sobre la madre y hermanas de José, y sobre José mismo, pese a que lamentablemente, las paredes de la casa se cuartearan, los corazones se hicieran pequeños, y todos se enfermaran de susto y de tiricia y de recuerdos indeseados. Les espantaba ver a soldados por todos lados, y a todas horas incluyendo las de la madrugada, incluso en el patio de la casa, cuidando la mercancía humeante al eco de los lamentos impregnados en las sombras de la oscuridad de la noche...

Los días pasaron.

No se pueden imaginar las ideas de ida y de vuelta de los padres de José. Cierto era que nadie de la familia había muerto, pero cierto era también que algo de esa familia se había marchitado. Don Belisario siguió trabajando como operario de fotógrafo pero con un ros-

tro serio, con su risa de siempre agazapada en el lado oscuro de sus recuerdos, con los ojos enmarcados por profundas ojeras, rescoldo natural de noches y noches de desvelo. Era un hombre joven con pies cansados y caminar sin rumbo aparente, que pese a todos los sucesos debía dar emociones y esperanzas a los suyos, y comida tres veces al día.

El tiempo lentamente transcurrió cincuenta y cuatro días. Durante ese tiempo los imaginarios se dieron cita para construir escenarios presentes y venideros. Se hicieron sumas, y mayormente restas, de los recursos disponibles. Nunca los padres de José recibieron un centavo partido por la mitad de parte de la compañía propietaria del avión accidentado. Los pocos pesos disponibles eran producto de los ahorros, del amarrar y sacrificar las tripas por un proyecto de vida que empezaba a tener carices de destino lleno de esperanza. Se decidió la renuncia de don Belisario con don Ángel Ocampo. Se cristalizó el deseo de independizarse y trabajar la fotografía por su propia cuenta y riesgo. Se enfrentó, de pronto, con la realidad de iniciar otra vida, con otra gente, en un sitio diferente, en una población en donde recién se había instalado la luz eléctrica y en donde la gente, deseaba el padre de José, decidiera grabar en una foto su rostro para siempre.

Don Belisario y doña Clara optaron por llevar a los hijos a otro sitio donde no hubiera aviones. Se vivía el 24 de septiembre de 1958 y se iniciaba el éxodo hacia

una tierra caliente, ajena, distante de todos ellos, en donde al paso del tiempo –¡quién lo diría!– amarían entrañablemente a esa gente, a ese terruño costeño.

Qué curioso... Por un avión y la suerte o la desgracia de caer donde no debía, viejos y niños se convertirían en hombres y mujeres amorosos con aquella tierra caliente.

Nunca regresó el padre de José a vivir al lugar del accidente. Llegó solamente treinta y cinco días para vivir su cáncer en el estómago y bien morir, allá por 1980, en un inolvidable 26 de junio. Durante esos días, de vigilia eterna por su enfermedad, José deambuló por la casa, trató de escuchar los sonidos catastróficos que seguramente estaban impregnados y guardados en las paredes, en el piso de tierra, tiempos de infortunio durante los cuales se conservan sucesos alegres y tristes en las inimaginarias oquedades de los rincones ajenos y propios.

Durante esos días observó el patio vacío, limpio de destrozos, ajeno. Miró incrédulo la casa de adobe y de tejas. Quiso mirarse a sus años, cuando niño, junto a sus hermanas y a su madre, corriendo enloquecidos. Sintió el viento de entonces en el rostro y aquellas emociones en el corazón. Supo que todo era suyo para siempre. Ahí, justo, surgió una conclusión definitiva: las pesadumbres son, realmente, huellas eternamente imborrables.

José guardó silencio durante aquellos treinta y cinco días y reconstruyó minutos de sonidos y explosiones, de dolor y muerte de gente extraña... Hasta ahora in-

tenta juntar en el corazón cada pieza de aquella historia que para él representa el principio de su vida.

Actualmente, su madre vive ahí, en el mismo lugar, en la misma casa, casi con las mismas paredes y con las mismas tejas del techo, en circunstancias diferentes, con sus recuerdos y con la oportunidad de platicarle a sus nietos la ocurrencia involuntaria y estúpida de aquellos pilotos y de aquel avión Northrop, trimotor, panzudo y de gran tamaño.

Ella, la madre de José, vive acompañada de una rara soledad la mayor parte del tiempo. Sus recuerdos son una herencia que José quiere beber a través de sus palabras y de sus nebulosos pensamientos de otrora tiempos y sucesos. En la actualidad ambos lo platican con frecuencia, y juntos han estado escribiendo, ella sin saberlo, esta historia con tinta de dolor.

Se escribió el 18 de julio de 1958. Era lunes. A esa hora en que la comida tibia esperaba ser degustada, deseo que nunca se realizó.

José tenía cuatro años de edad cuando el destino decidió que un avión cayera del cielo sobre la historia de su vida.

## Éxodo

La hora no la recuerda José. Dicen que se moría el sol de ese veinticuatro de septiembre de mil novecientos cincuenta y ocho, cuando la familia descendió de un autobús de segunda, en una calle cualquiera, desconocida, de una tierra ajena, sentida fría pese al calor infernal en aquel mes todavía de torrenciales lluvias.

Habían viajado persiguiendo sueños. Habían decidido buscar con ahínco el espacio justo donde la tierra fértil les permitiera depositar la semilla de sus anhelos. Cultivar con ambas manos hasta estrujarse las uñas y con el corazón latiendo, cada posibilidad que produjera seguridad y alimento. En el pecho de todos, sin decirlo, atoramientos y apretujamientos hechos bola, les arrebatava el aire de las narices; sentían un vacío quejumbroso en sus estómagos, y una incertidumbre fatal que erizaba sus cabellos.

Aquél medio día del veinticuatro de septiembre atrás dejaban a sus muertos reposando y sin oportu-

nidad de flores dominicales, familia extensa, amigos, lágrimas, desesperanza... dejaban todo. Y así, con la ligereza del cuerpo que provoca el desaliento y el miedo, subieron a ese camión de pasajeros de segunda, con sus alforjas cargadas y repletas de fe, juntos todos en un solo espíritu en la búsqueda de un motivo para vivir agradecidos con la vida. Iniciaban el recorrido que duraría largos veintidós años, ocho meses y diecinueve días. Ni un día más.

Todos ellos, tan juntos que parecían un cuerpo inerte con una sola sombra, venían de un horizonte resquebrajado y negro, de almas apretujadas, de sensaciones de impotencia y miedo, con fuerte olor a muerte impregnado en lo más hondo de sus recuerdos, de sentirse vacíos, inclusive sin huesos, desde la cabeza hasta los pies, por un suceso ajeno y en un instante convertido en propio y eterno. Habían salido llenos de tiricia de ese pueblo que era de ellos. Habían salido de ese pueblo que al transcurrir de los años recuperarían de nuevo, en un arribo tan trágico como el motivo que les obligó al éxodo.

Ese día fue de un amanecer distinto. Les llegó el alba fingiendo en silencio, padre y madre de aquellos hijos desvalidos, un descanso que nunca llegó durante largas horas de vigilia. Durmieron en apariencia la última noche bajo un techo propio, en aposentos que reconocían forma y olor de sus cuerpos. Previo al momento que separa de las últimas palabras al silencio del sueño, se

dieron tiempo para ajustar los últimos detalles del viaje que no incluía boleto de regreso, y acordaron resolver durante la mañana siguiente algunos asuntos transitorios.

Les llegó el silencio. En la oscuridad, de espaldas uno del otro, cada quien con los ojos abiertos y secos, sintió la lentitud del pasar del tiempo y pudo escuchar el raro sonido de la quietud. Cada quien con el corazón pendiendo de un hilo de esperanza, sintió la necesidad que nunca amaneciera. Sus cuerpos desearon juntarlos y hacerlos uno solo en un acto de despedida entre aquellas sábanas de siempre. No lo hicieron esa noche. No lo hicieron nunca más.

En la sala, lo más cercanamente posible a la puerta de salida hacia la calle, aguardaban dos o tres cajas de cartón, a medio cerrar, en espera de recibir las últimas prendas, objetos o recuerdos. Al lado de las cajas se tenían dispuestos tres tramos de lazo que cerrarían el menaje completo de una vida. Salvo esa carga, el resto de la sala, la cocina, y el único cuarto de la casa, estaban vacíos. El patio parecía lejano e irreconocible, sin voces, muerto.

Llegaron a la terminal de autobuses que se ubicaba a escasamente cuadra y media de la casa que vacía quedaba, de la casa que se quedaba quieta por dentro. Se compraron los boletos que por aquellos tiempos debieron de haber costado unos tres pesos, costo exiguo pero difícil de juntar.

Arribaron al destino escogido. Con los *viejos* —que en ese entonces eran jóvenes— descendieron dos niñas y un niño. La mayor de seis años, el resto —los gemelos— de casi cuatro. Además de esa carga humana, en unas cuantas cajas de cartón, no sé si en algún veliz de aquellos con ángulos de fierro —a medio llenar— iban los ajuares: escasos pantalones y camisas y vestidos y calzones, tan pocos que eran de lavar y tender para evitar las desnudeces; pero eso sí, repleto de un montón de sueños y esperanzas. También se transportó el equipo del oficio de fotógrafo y algunos enseres para hacer la comida y servirla a los comensales. Para dormir, habrían —de sobra— dos cosas: cansancio con sueño y todo el piso de la casa.

Qué difícil es imaginar el final de un exilio. De ese viaje pensado hasta el aburrimiento y la fatiga. Para entonces, estaban rumbo a una casa rentada por inquilinos, familiares de José. Se sumarían como visitantes. Así llegaron a la 16 de Septiembre, calle empedrada, semioscura, alegre por las noches, donde se ubicaba la casa del señor Cigarroa, hombre viejo, encorvado, de poco hablar, hosco, ranchero ensombrerado, franco y siempre interesado por cobrar la renta del inmueble mes tras mes.

Probablemente aquellos cinco cuerpos fueron una carga de esas que agarran mal olor después de los primeros días de estancia.

A esa hora se sentía correr y se escuchaba un viento suave, fresco y sereno, marco natural de bienvenida para

los necesitados, cobija de los adultos para protegerse de los espantos, sonrisa para los niños que se asomaban, sin quererlo, a irrepetibles años maravillosos.

—¡Buenas!, —dijo el padre de José—. ¿Se puede...?

En la banquetta, curioseando a través de la puerta abierta, estaban los cinco sujetos en espera de la tranquilidad que produce el saber que estás guarecido del sereno y del miedo del infortunio de la calle solitaria conforme avanzan las horas quietas de la noche.

José no recuerda haber oído respuesta alguna.

Era casi de noche.



## Las chocolateras

—Te digo que es una de las fiestas y costumbres más hermosas de esta región, compadre... ¡Déjame y te digo!  
—comentó José.

No sé qué pasa en esta tierra caliente. La gente es diferente. Viven el día como si fuera el último de su vida. Es gente celosa porque saben querer de una sola manera. Casi todos se conocen entre sí, saben sus defectos, sus modos inciertos o ciertos, sus bondades, generosidades y hasta el más íntimo secreto.

Hombre o mujer parecieran tener por origen el mismo apellido y la misma sangre. Como si el destino fuera uno solo. Da gusto vivir así. Les disgusta que tú te alejes y te escondas. Si ven que llegas y te acurrucas en tu propio rincón, te buscan con el pretexto del cumpleaños de quien sea, o te convidan a una fiesta sin patrono ni calendario. Les basta tener nuevo vecino y un probable amigo que al poco rato, será un compadre más del barrio. Sin pensarlo te convidan a la fiesta del compadre Octavio o la del compadre Eliseo. Lo que importa es que el círculo de

amigos tenga vida en común. Todos acceden al forastero, y sin más, el nuevo inquilino de la cuadra, del barrio o del pueblo, se siente oriundo legítimo de esa tierra caliente.

Así camina el tiempo. Todos los días camina el tiempo sin verse el reloj porque las costumbres se saben de memoria. Así se vive cada día. Se duerme placenteramente con el calor sofocante día, tarde y noche, días enteros, todos cercanos al mismísimo infierno. La despertada cada mañana, después que el gallo canta, y a veces que el burro rebuzna, es temprano. La gente barre su pedazo de calle a las cinco de la mañana, cuando el sol apenas estira su cuerpo y perezosamente abre sus ojos para disponerse a un nuevo día lleno de luz.

Don Belisario, como los hombres que cargan en la espalda fardos de edad, a esas horas de escasa claridad y de noche moribunda, religiosamente barre el polvo, la arena, las hojas muertas o la mala vibra de gente malvada, no sin antes rociar su pedazo de calle y su banqueta con una primera agua para evitar polvaredas, porque a la segunda agua, barrido el suelo, le agrega albahaca para que la vida transcurra con suerte y sin recelos.

—Adiós, compadrito Beli. ¿Cómo está mi comadre Clarita? Ya me enteré que va a ver fiesta...

—Ahí dió... ¿Y quién se lo dijo, comadre? Cuénteme usted porque ni yo sé.

—¡Jugado que está usted, compadrito! Bien que sabe usted pero no me quieresté decir, ¿No? Ya le voy a preguntar a mi comadre Clarita... Ella me lo va a decir todo...

Cumplida la faena del pedazo de su calle y su banqueta, bañado y cambiado sus ajuares con ropa de trabajo, don Beli sorbe café caliente sentado en su sillón preferido de la sala y escucha la radio, con su pierna derecha siempre reposando sobre la pierna izquierda y moviéndola con un ritmo que solamente se detuvo cuando le llegó la muerte. Ahí sentado, siempre se lo ve dispuesto en espera de sus clientes que todos los días llegan al Foto Estudio a retratar sus caras, o el cuerpo entero, con aquellas poses con manos y dedos entrecruzados acariciando el mentón de la dama o del caballero, que convirtieron a la fotografiada en un oficio pletórico de arte.

Para don Beli habría de transcurrir la mañana de ese sábado sin complicaciones. Retrataría y retrataría una cara tras otra, y recibiría retratos viejos para hacer una ampliación del recién fallecido de muerte natural o por haber recibido algún balazo o machetazo, foto para la mesa del altar para los rezos y cánticos de dolientes propios y ajenos. Con formalismo indicaría que las fotos estarían dispuestas para el lunes siguiente, con el ánimo de no quedarle mal a la clientela. El domingo, por supuesto, como siempre sería día de descanso obligatorio y de compromisos sociales, sumados a los que se efectuaban ordinariamente desde el sábado después del medio día.

Doña Clarita, por su parte, acicalada, oliendo a jabón, con la cara limpia y ojos abotagados por el mal dormir durante toda la noche del viernes, y al tiempo de la faena de don Beli, toma su canasta y su morraleta

y camina rumbo al mercado del pueblo, sobre calles empedradas o de tierra, y unas cuantas recién cementadas, según la ruta hacia su destino. Piensa en las compras que, durante las próximas horas, manos diestras convertirán en botanas exquisitas, deleite de las chocolateras que, para esa ocasión, pardeando la tarde de ese sábado, le harán una visita protocolaria y salvaje.

—A ver, a ver, compadre... ¿Las chocolateras? Ora sí que ya me hiciste bolas. ¡Salud, pues, compadrito..!

—No coma usted ansia, compadre. Déjeme y le cuento, pues... Tómelo su trago y óigame...

Camino de regreso del mercado, doña Clarita se tambalea por el peso de la compra y lo abultado del canasto y la morraleta. Hasta de los perros debe cuidarse que sigilosamente, como sombra silenciosa y hambrienta, como espanto, caminan detrás, en pelotón casi, muy cerca de la morraleta y del canasto... Y no es para menos. Los ojos caninos miran con ansiedad aquel chicharrón carnudo que se deja asomar del envoltorio mal envuelto con papel estraza del canasto. Persiguen además un fuerte olor a camarón seco, para pelar, del tamaño especial para botana, y el indiscreto aroma a cebolla blanca acompañada de manojos de cilantro y rábanos, chiles jalapeños, todo fresco, como recién cortado. Éstos son perros con amplia experiencia en estos olores.

Al fondo de la morraleta, reposa una excelente costillita de puerco, macabil y cazón para tacos y tortitas mareñas, pulpa adobada de puerco cortada en trozos

pequeños para hornear en salsa china, patitas de puerco para envinagrar, y no sé cuántas cosas más como carne de res y de pollo, ingredientes que se convertirán en exquisita botana para las convidadas femeninas que llegarán puntualmente a casa de doña Clarita, para cumplir con el ritual de la entrega del chocolate y demás cariños.

—¡Qué trajín! —decía doña Clarita—. ¡Qué importa! La ocasión lo amerita —agregaba para sí misma.

No sé qué pasa en esa tierra caliente, pero siempre hay gente dispuesta a colaborar, y más si se trata de fiestas, y todavía más cuando el acontecimiento es atender a las comadres chocolateras. Por ello, en la cocina, desde el mediodía, se había hecho presente en casa de doña Clarita un equipo de mujeres especializadas en específicas disciplinas domésticas y culinarias. Unas mecén con encantador vaivén la escoba y el trapeador hasta dejar el recinto hogareño limpio y oloroso, como a juncia recién cortada del árbol de pino, lo más digno para hacer del espacio físico un merecido campo de batalla. Otras asestan precisos golpes de cuchillo en los pescuezos de las gallinas espantadas o con el artificio requerido para los cortes transversales de los cuerpos de los pescados frescos, o la precisión requerida para delinear, en justo grosor y tamaño, blondas carnes de res y puerco. Otras, no de menor mérito, cortan, amon-tonan y tiran residuos de ingredientes y de insumos diversos. Todas expertas en plática amena y chismorreo del bueno.

La cocina es un espacio de locura y de mandiles y rostros sudorosos. En toda la casa se aprecia un desorden organizado.

—Compadre Beli... —decían las acomodadas mujeres— si no va usted a ayudar, hágaseste a un lado porque nos estorba. ¿Qué no está usted mirando el trajín?... Ni gracia usted, ¿No?

—Ve pues... Eso me saco por venirles a ofrecer una cerveza bien fría. Pa'la sed y pa'que agarren más fuerza pa'ahorita y pa'más tarde.

—¡Apúrense, comadritas, el compadre Beli ya trajo la otra tanda...!

—¡Salud!

—¡Salud!

Dos o tres horas después, y después de dos o tres cartones de cervezas de a cuarto ingeridos, se ordenan sobre una mesa grande, donde puede caber un difunto a lo largo y ancho, platillos olorosos y apetitosos que en su momento se triturarán con saña inimaginada, en el fragor de tragos y diálogos entre mujeres unidas por el cariño, los tiempos y la costumbre.

Días antes, casi en secreto, alguien que encabeza la costumbre, como una especie de mayordomía, contacta a las damas que conformarán el grupo de ataque chocolatero. Se busca entre las conocidas, amigas, comadres, vecinas, con criterio altamente selectivo. Las hay jóvenes, solteras o casadas, señoras y viejecitas, siempre mujeres. Todas, por lo menos, con dos características y

exigencias insalvables: alegres a morir y aguantadoras con prestigio sobrado y reconocido para los tragos.

¿Quiénes establecen las reglas de reuniones como ésta y muchas otras costumbres populares de los pueblos? Nadie que se sepa lo sabe. Este es un acto de extremo cumplimiento y formalidad. Siempre se actúa en vísperas de un bautizo, una boda, la festividad de un amigo, de los compadres o de alguien simplemente conocido. Es un ejército que con alto grado disciplinario, acude a la cita puntual disponiendo de no más de dos horas para el encuentro socioetílico. Estadísticas demuestran que este lapso es tiempo suficiente para el cabal cumplimiento de la encomienda.

El motivo de esta verbena en casa de doña Clarita, era una de esas fiestas. Ella y don Belisario serían padrinos de boda religiosa de unos ahijados. La causa, entonces, era superior, intransferible, innegable e inaplazable.

Mientras tanto, con anticipación a la fecha convenida del encuentro, al personal seleccionado se le distribuyen tareas. Unas debían atender de manera personal la compra del cacao, del mejor que hubiera en el mercado, cacao real de ser posible. Otras comprarían en la tienda de don Joaquín, la tienda del pueblo, pliegos de papel china de colores fuertes. Otras más comprarían pan, dulces y todo aquello que fuera muestra de cariño y reconocimiento.

La hechura del chocolate en pasta era extremadamente cuidadosa. El cacao era expuesto al sol hasta ver-

lo seco y en su punto. Luego, sobre un comal y a fuego lento de leña, se le doraba con todo y cáscara. Sin dejar de mover las semillas, se evitaba que el cacao se quemara a sabiendas que la sazón surgiría durante el tiempo de dorado, y de la manera como se moviera cada grano. Dorado el cacao, pacientemente le quitaban la cáscara a cada grano, para después, en un molino de mano, molerlo con canela suficiente, también dorada. A la pasta resultante se le agregaba azúcar y se le molía de nuevo para lograr un chocolate de cuerpo parejo y finura exquisita. Después, se hacían las marquetas y se dejaba reposar en espera de los acontecimientos venideros.

Las encargadas de los arreglos, durante tardes y largos procesos de comer gente, cortaban el papel china —papel picado que le llaman—, como las banderitas en las fiestas de septiembre, con gracia, arte y paciencia. Así obtenían bellos adornos para los platonos extendidos donde pondrían el chocolate, el pan, los dulces, y todo aquello que sería llevado como ofrenda a los padrinos de la boda de los ahijados.

—Siquiera te apuraras, Beli. Ya casi es hora para que vengan las comadres chocolateras... —recomendaba doña Clarita durante los últimos preparativos del evento.

En el encuentro, porque no sé si deba decirse fiesta, bajo ninguna circunstancia se aceptan hombres, mucho menos a los maridos, novios, o lo que fueran, de las damas que integran el regimiento belicoso; salvo el padrino y sus escasos ayudantes, presencia que se reduce

para ofrecer un servicio preciso, con ritmo uniformemente acelerado, de los líquidos de carácter emborrachador. Para ser precisos, se trata de un encuentro cara a cara entre la bulliciosa concurrencia y la madrina de los ahijados por desposarse. Nadie más.

Y llega la fecha y hora

Un toquido discreto a la puerta, a las seis de la tarde de aquel inolvidable sábado, anuncia la presencia de las damas visitantes. Todas, sin excepción, lucen frescas por el reciente baño y olorosas a talco de niño. Lucen vestido nuevo porque las delata el fuerte olor a goma de la tela. Con ceremoniosidad, como entre gente que por primera vez se ven la cara, explica la lideresa del grupo su presencia en el domicilio con un discurso sencillo, formal y por demás serio, durante el cual se precisan los motivos de la visita y la grave responsabilidad de los futuros padrinos que serán los segundos padres de los desposados, y entregan a la anfitriona del acontecimiento, a doña Clarita, las ofrendas hermosamente adornadas.

Mientras tanto, con la cordialidad de pedirles que se sienten y se pongan cómodas, don Belisario y ayudantes previamente contratados y muy bien capacitados, inician el servicio con esmero sistemático dando de mano en mano, sin preguntar, cervezas frías como entrañas de muerto, acompañadas de botanas y —una tras otra— tandas de licor servidas con una sola copa y sin distinción ni consideración de nadie y para nadie. Se empieza y se termina. Se disponen de dos horas. No hay interrupciones.

—He llegado a pensar, compadre, que éste es un rito salvaje. Lo que más me admira, es lo delicioso de cómo beben las tandas y tandas de cerveza y trago. Después de los primeros ataques, la mujerada pareciera que agarrara más fuerza y sed.

Las comadres chocolateras y la anfitriona, que ahora es una más del contingente, beben sin derecho a la náusea. Bailan hasta que el tacón y las canillas se ponen tembeleques. Nadie se cansa o se aburre. Cuando la garganta no traga líquido, se plática del compadre, de la comadre, de los sucesos frescos de la cuadra, del barrio, del pueblo. Todas parecen ser expertas de la vida, y externan opiniones de la vida futura de los ahijados, próximos a casarse. Las expresiones son de cariño, con mentadas de madre, palabras y tono costeños, francos, de sentido inequívoco. Así se han hablado de la vida durante toda la vida.

Poco a poco el tono de la voz cambia, las palabras coherentes y fluidas se hacen menos, los movimientos se hacen elásticos, los ojos se entrecierran, la mirada se hace lejana, el rostro empolvado adquiere un brillo resplandeciente. La seguridad del cuerpo y los actos van desapareciendo.

Al término del corto tiempo, cumplida con denuedo la tarea, se despiden efusivas. Salen de la casa y a lo ancho de la calle, abrazadas todas, se van depositando en sus hogares en donde cada marido recibe a su chocolatera resignado y acostumbrado.

—¿Y la última chocolatera, compadre?

Ella es la lideresa. La que más aguanta. La que se ha ganado a pulso la distinción del cargo y la que hasta el final responde a su alta investidura. La que observa los descuidos organizacionales durante la última fiesta para enmendarlos colegiadamente el día en que de nuevo se reunirán.

El pueblo las ve. Sabe quiénes son. De qué familia proceden. Reconocen la tradición, y humilde y respetuosamente asienten el deber cumplido. Nadie las critica. Solamente dicen:

—¡Ahí van las chocolateras!

Y con el típico lenguaje costeño expresan:

—¡Van hasta la madre..!

—¡Adiós compadrito!

—Adiós comadres, que les vaya bien. Estuvo buena la chocolateada, ¿Verdad?

En la casa de la futura madrina, anfitriona del huacacán apaciguado, el marido levanta y limpia todo. Lo hace con esmero y regocijo. Piensa que si algunas de las visitas han de criticar, que sea por haberles dado de comer hasta el cansancio, haber bebido cerveza y trago hasta casi brotarles en el llanto de los recuerdos verdaderos y otros inventados. Don Belisario sabe que se ha conducido con respeto ante las chocolateras, en reconocimiento a esta costumbre, obligación insalvable como padrino que será de aquellos muchachos; pero sobre todo, haber actuado con ánimo verdadero de servir, y en su momento sentirse servido.

—¡Qué bellos recuerdos, compadre..! ¡Qué bellos! Oírte platicar es como convivir con esa gente. ¿Y usted, compadre José, cómo es que sabe tanto de esa gente, pues?

—Porque lo viví, compadre. Porque don Belisario y doña Clarita son mis padres.

—Y después de todo... ¿y el chocolate?

## Doña María, La Maestra

José escogió cualquier día para viajar a aquel pueblo como abandonado por Dios. Le importaba llegar al costo que fuera y regresar a casa el mismo día. Tenía prisa por ver a aquel hombre recomendado para que curara a su padre. Al principio dudaba de esos menesteres pero su desesperación se convirtió en la mayor de las justificaciones y en férrea creencia. Era la primera vez que se enfrentaba a una situación así, o más bien era la primera vez que iba a la búsqueda de una esperanza, la más nimia, que representara aunque fuera un tiempo breve más de vida para su padre. Por eso, después de escasas horas que le dijieran de la existencia de un tal Eustiquio Bonifaz, las dudas desaparecieron y dejó que amaneciera después de una noche que sintió larga y cansada.

José no quiso hacer el viaje solo. Se trataba de un traslado de al menos tres horas entre ir y venir, además del tiempo que se requería para buscar, encontrar y entrevistar al curandero. Nunca antes había viajado por ese rumbo. Preguntó cómo llegar y se hizo al camino

acompañado de su mujer y de una prima de ella. Y partieron después de un desayuno que no le supo a nada.

Durante el trayecto ambas mujeres platicaban sin interrupciones, mientras José pensaba en todo y concluía en nada. El camino se hizo largo, demasiado largo y la misma sensación tuvo cada una de las acompañantes, no obstante el diálogo interminable entre ambas. Durante las casi dos horas de tránsito, José no percibió la belleza de esos rumbos, el verdor impresionante y el silencio por ratos abrumador de aquella región, de la inédita y discreta sinfonía de cánticos de aves ocultas en el follaje. Era un camino solitario y de vez en vez topaban un vehículo de redilas con gente desconocida. Podía oírse cómo poco a poco el ruido del motor del camión de redilas se perdía a la distancia como se pierde el aliento de un agónico.

Urgía arribar y sin embargo se tenía una rara sensación de que era mejor no hacerlo.

Al paso de la distancia y del tiempo, los bosques de pináceas se hicieron matorrales y luego los matorrales campos desforestados en donde una milpa incipiente afloraba de una tierra terregosa y sedienta. Entonces se asomaron las primeras casas alineadas en un trazo insinuante de calle, y a lo lejos y cerca se escuchaban ladridos de perros que anunciaban la llegada de tres desconocidos. Pese a la estridencia canina, no percibían si alguien se asomaba por alguna de las puertas, o al menos desde la discreción de unas cortinas semidesco-

rridas de cualquiera de las ventanas. Se percibía, sí, el viento fresco de esa población casi serrana que transitaba a sus anchas y sin prisa por las calles polvorientas. Y nadie se asomaba. Y José miraba a la izquierda mientras las mujeres escudriñaban vivienda tras vivienda de la hilera de casas del lado derecho. Y nada.

Avanzaron varias cuadras. Y en cada cuadra miraron casas con techo de teja y paredes de ladrillos, una que otra de bajareque y lodo. Todas eran iguales en sencillez y todas también se le veían como deshabitadas. Las casas que José vio eran de gente pobre. En esa calle terregosa, como en cualquiera de las otras, se podía ver cómo el polvo se detenía de pronto como observando todo y luego se dejaba arrastrar por el soplido de ese viento siempre fresco a mitad de la mañana. Se sentía ya el frío que bajaba de las montañas donde reina el ámbar, savia maravillosa que escurre desde el corazón del tiempo a través de la corteza de grandes árboles. Mientras tanto, debían decidir qué hacer, pues no tenían referencia alguna más que un solo nombre: Eustiquio Bonifaz.

José se estacionó en el primer lugar que se le ocurrió y descendió del vehículo para preguntar sobre la existencia del curandero, famoso en aquel lugar y que sin duda debía ser conocido por cada lugareño. Daba lo mismo preguntar a los probables vecinos de una casa o de otra. Nadie se asomaba. Aunque daba la sensación que siempre más de un par de ojos lo traían pegado a la piel raramente erizada de sus cuerpos. Podían sentir

una especie de espeso resoplo sobre sus espaldas o en pleno rostro.

—Buenos días, —dijo José en voz alta y firme en tanto sus nudillos tocaban discretamente a la puerta. —Disculpen, ¿Podrían informarnos en dónde vive el señor Eustiquio Bonifaz?

No bien había terminado la pregunta cuando escuchó un ruido penoso y crujiente de las bisagras oxidadas de la puerta de madera.

—Acá es. Acá vive... —escuchó José una voz desde el interior de la vivienda.

—¿Qué se le ofrece?

Y antes que José respondiera cualquier cosa, aquella voz quieta y hueca agregó:

—Porque acá no lo va usted a encontrar, porque él está trabajando, acá a la vuelta.

—Disculpe usted, pero necesito verlo...

—Ya le dije que acá no lo va usted a encontrar... Está quitándole la locura a un muchacho que le echaron mal.

—¿Podría usted, entonces, decirme en dónde lo puedo encontrar?

—Vaya usted acá a la vuelta. Vaya... De seguro ahí lo va usted a encontrar.

Y se cerró la puerta.

Nunca vio José a la persona con quien había hablado. No supo si había sido hombre o mujer. Recuerda la voz grave y extraña, y que cuando la escuchó sintió el resoplo de las palabras en la cara. Pero nunca vio a nadie.

Y se cerró la puerta con el mismo sonido desgonzado que cuando fue abierta por alguien desde adentro, y quién dice que no haya sido abierta desde afuera.

Abordaron el coche y después de un giro a mitad de la calle de tierra, desandaron el camino. José dobló a la izquierda tan pronto llegó a la esquina, sin percatarse que la voz extraña, que aún escuchaba, nunca le había dicho que se desviara hacia esa dirección. Se detuvo a mitad de la cuadra sobre una calle en la que había unas cuantas casas entre las que mediaban parcelas descuidadas y espinosas. Se vio entonces frente a una vivienda de una sola pieza, pobre y lúgubre, en la que desde la calle se olía fuertemente a incienso, y que desde el interior salía un humo hediondo de velas de cebo que se pegaba a los ojos. Iba a tocar la puerta, que estaba entreabierta, como lo había hecho en la casa anterior, pero nunca tuvo tiempo para ello.

—Pase usted... Pensé que iba usted a venir más temprano. Pasen —les dijo cuando reparó que José llegaba acompañado—. Siéntense mientras termino de curar a este pobre muchacho que le echaron el mal de la locura. Ya está mejor, o al menos ya no quiere morder y se deja curar. Aunque van a tener que esperar un poquito mientras atiendo a esta gente que vino antes que ustedes.

—Gracias —dijo José.

—Y su papá, ¿Cómo sigue..?

No supo qué contestar José.

Se sentaron en unas bancas de esas hechas con un tablón de madera y en cada extremo dos puntales en forma de “v” invertida que hacían las veces de las patas del mueble. José se sentó y sintió que su cuerpo con miedo y con extraña sensación flotaba en un ambiente cargado de rareza. A su alrededor había gente extraña con la mirada clavada sobre el piso de tierra. Las mujeres con la cabeza cubierta con un rebozo gris, y los pocos hombres que ahí estaban, sujetando con firmeza innecesaria el sombrero viejo y curtido de tanto sudor y sol, con sus agrietadas manos producto del trabajo agrícola y de tanto arrancar el ámbar. Era difícil respirar por el humo gris del incienso y por el hollín provocado por las brasas de la leña verde casi recién cortada y por aquellas velas de cebo.

Al centro del recinto, sobre una silla de madera casi destartalada, yacía sentado un joven de escasos veinte años, desnudo de la cintura para arriba, con la piel enrojecida y el rostro humedecido por el aguardiente ensalivado que el curandero esparcía enfurecido sobre su cara, ofendiendo y retando al maligno para dejar en paz al cuerpo inofensivo. Y entre ofensa y reto, majaba con brutalidad el tórax, los brazos, la espalda, la cabeza del enfermo con manojos de hojas de albahaca fresca que a tanto golpe se ennegrecía después de dos o tres tundas de azotes. Y así, una vez tras otra. Mientras tanto...

—Dios Padre Todopoderoso interviene para que el mal se aleje de este joven... Ayúdale a encontrar la tran-

quilidad perdida... Ayúdale para que sus ideas dejen ese remanso desgraciado de locura... ¡Aléjate, Satanás, aléjate! ¡Escóndete en tus dominios que es el único lugar en donde debes estar! ¡No puedes ni podrás luchar en contra del bien! ¡Jamás podrás! ¡Jamás! —dijo Eustiquio.

Y entre palabra y palabra, con el rostro colérico del curandero, éste dejaba caer sin piedad el racimo de albahaca sobre el cuerpo pálido del joven poseído, quien se sacudía a cada golpe sin protestar, sin quejarse, con los brazos laxos, con las piernas entreabiertas y pegadas al suelo de tierra para no caer de la silla desvencijada, con los ojos inexpresivos mirando al vacío y a la nada inexplicable.

Estaba por concluir una serie de andanadas, cuando el joven se fue doblando a un costado suyo, con espasmos, como si de pronto le hubiese llegado una ráfaga de viento frío de las montañas. Se sacudió de nuevo y se quedó adormitado con los ojos abiertos y escurriendo de sus labios un delgado hilo de baba. En esas estaba, cuando casi se cae de no ser por los brazos de su madre que sabedora del desenlace de la sesión espiritista, había estado presta a ayudarlo en el momento en que el desvanecimiento lo apresara. Lo abrazó como se abraza a un niño desvalido. Le acarició el rostro y le limpió los labios, y acercó su boca a los oídos del hijo para expresarle algo que al joven le permitió abrir levemente los ojos y mirar al vacío como dando gracias.

—No se apure usted, tía, —dijo Eustiquio Bonifaz—. Mañana su muchacho estará mejor y más des-

cansado. Ya va usted a ver que después de dieciocho curaciones más, volverá usted a tener al hijo de antes... Nunca el diablo aguanta tanto... Aunque espero que su hijo aguante lo suficiente...

La gente alrededor, a la vez que escuchaba al curandero, miraba a la nada sin perder detalle, siempre mostrando respeto por el enfermo y para la doliente madre, porque en esos trances la vergüenza se pierde, el cuerpo se muestra grotesco mientras se entrega a la fe necesitada, la sensibilidad deja de existir, y el dolor del vecino se diluye ante el dolor propio. Es un espacio en donde todos, sin excepción, son iguales, sin distinción de nada, en donde el curandero es el único que remedia los males del diablo o valora si le es posible remediar los males de Dios.

Después de tres o cuatro pacientes que expresaron sus males y dolencias, y que fueron atendidas atingentemente y sin dilación, volteó sus ojos hacia José y con voz sabedora de que dice la verdad, Eustiquio Bonifaz le dijo:

—Mire usted... ¿Cómo dice usted que se llama?

—¿... Perdón?

—¡Usted, señor, usted! Porque mire... Yo sé que su papá no tiene lo que dicen los doctores que él tiene. Su papá hace muchos años se cayó de un caballo en un camino lleno de piedras. Parece ser que él era arriero, y comerciaba no sé si para él o para su patrón... pero él iba así cuando el caballo se espantó y su papá se cayó

golpeándose el estómago. ¿Nunca le platicó su papá de esto?

—No... —dijo José, mintiéndole, en un tono de sorpresa e incredulidad.

—Mire usted... Yo lo podría ayudar pero esto no depende de mí... Yo necesito que usted primeramente indague si mi Maestra quiere y puede curar a su papá, y si por alguna razón ella no quisiera o no pudiera, entonces tendría usted que venir por mí, llevarme a la capital para ver a su papá, y regresarme usted a mi casa. ¡Ahh...!, y esto sería las veces que fueran necesarias, porque ya ve usted que estos asuntos son a veces muy largos. Pero lo que sí debo decirle es que para que yo atienda al enfermo necesito del permiso de mi Maestra... A ver, a ella la va usted a encontrar en...

El regreso se hizo más lento que cuando hicieron el viaje por la mañana. Habían permanecido escasamente una hora al interior de ese extraño recinto, y unos tres minutos escuchando a Eustiquio Bonifaz. José se sentía atolondrado, como desnudado de información que solamente él sabía, datos que su padre le había expresado en conversaciones íntimas, en un tiempo y en un espacio por demás ajeno al increíble encuentro con el curandero.

Pasaron tres días después de aquel medio día de viernes. Y llegó el día lunes.

José se levantó a la hora acostumbrada y después de los trajines propios para ir a trabajar como Dios manda,

se dirigió a la oficina con una ansiedad desconocida que no le cabía en el pecho. A eso de las diez de la mañana, decidió que no iría solo al encuentro con la Maestra de Eustiquio Bonifaz. Así que José invitó a un par de amigos y compañeros de trabajo, quienes dispuestos a la ansiada salida bajo cualquier pretexto, no dudaron en acompañarle sin saber ni preguntar a dónde se dirigían. Abordaron un automóvil y recorrieron calles y calles hasta internarse en una colonia popular y conocida en la ciudad.

—Disculpe, señor, —preguntó José a un vecino del rumbo—. ¿Podría usted decirme en dónde queda la cantina La Bestia?

Era raro sentir que su corazón latiera con esa fuerza desconocida desde la primera hora de esa mañana. Podía José escuchar con claridad los latidos de su corazón. Denotaba una sensación tan fuerte o más que cuando hiciera el viaje para buscar a Eustiquio Bonifaz, el sombrero curandero de aquel pueblo olvidado de Dios.

Con la información del vecino, avanzaron dos cuerdas a la izquierda y al girar a la derecha, apareció ante ellos un enorme corcel negro pintado burdamente sobre una pared color amarillo. El letrero era por demás visible, y de seguro los comensales del tugurio hacían honor al sustantivo o adjetivo de la cantina. Se estacionaron enfrente de la cantina, sobre la misma banqueta donde suponían vivía *La Maestra*. Bajó José decidido a preguntar sobre la destinataria, perseguido por sus dos

amigos. Observó una puerta abierta de una casa con un largo pasillo, en donde al fondo se escuchaban rumores como de gente rezando. Tocó y esperó un momento. De pronto, vio venir a lo largo del pasillo a una mujer caminando apresuradamente, y sin permitirle mediar palabra alguna con ella, simplemente le miró enfadada y sin mayor miramiento le dijo:

—¡Qué bárbaro, usted..! Tengo cuatro días de estarlo esperando... Mi hija ya no aguanta el hipo... Porque no me vaya usted a decir que a su papá no lo está matando el hipo, ¿Verdad?

—Este... Disculpe... Este... Busco a... —la perseguía José a grandes pasos mientras ella se encaminaba al interior de la casa desde donde provenían aquellos susurros como rezo interminable.

—¡Sí hombre, sí! Yo soy doña María. Supe de esto después que habló usted con mi discípulo, Eustiquio Bonifaz, y él se comunicara conmigo, aunque en realidad yo de usted supe desde un día antes.

José se ve caminando al interior de una casa desconocida en un silencio espeso. Escucha atolondrado las voces en un perezoso e inteligible rezo de gente que sabe que ahí está pero que no ve. Hace esfuerzos por caminar deprisa, pero doña María es inalcanzable. En su caminar bambolea su falda sucia de color desteñido, y su espalda se ciñe a una blusa con fuerte olor a sudor agrio y residuos de yerbas y fragancias exóticas de colonias y perfumes baratos. Sus pies diminutos están

cubiertos por unos zapatos viejos llenos de polvo. Su pelo, medio largo, es descuidado y sin peinar al menos desde el día anterior que se durmiera. Toda ella es energía. Su mirada es inequívoca. Difícil es mirarle a los ojos para hablarle de frente. Provoca temor. Sí, provoca temor. Sin embargo, bastó de parte de ella unas cuantas palabras más para confirmar la verdad y el motivo de la presencia de José.

—Ahorita se va usted a ir al mercado y va usted a comprar las cosas que le voy a decir... —ordenó a José—. Apúntelo usted bien en esta hojita de papel. Cuando usted regrese le voy a explicar qué es lo que vamos a hacer. ¡Ah, y se va usted al Mercado Viejo porque en los otros mercados no va usted a encontrar nada!

Y le dio la espalda vociferando órdenes a sus ayudantes, todas mujeres, alrededor de una clientela profusa que confiadamente esperaban con paciencia la aplicación de sus saberes.

José guardó el papel medio arrugado, sucio y enmantecado, con las anotaciones a lápiz, y sin nada decir se dirigió al Mercado Viejo, sitio en donde se conseguía hasta lo inverosímil en cuestiones misteriosas. Después de poco más de una hora de compras, y dejar a sus amigos en la oficina, regresó con doña María a la búsqueda esperanzadora para que su padre no muriera.

Acatar la orden de ir al mercado y comprar lo que se necesitaba para el rito, le indicaba su disposición no solamente para atender la enfermedad de su padre, sino

para curarlo. Así lo había dicho ella. Regresó al recinto con una sensación renovada y diferente en el estómago, y curiosamente lleno de ansiedad y fe. Era como llegar a un sitio en donde le conocían desde siempre, como si al verlo se le leyera en el rostro su historia completa, aún aquella guardada en el lugar reservado a las discreciones personales.

—A ver, a ver, don José...

Él siempre escuchándola, sin tiempo de contestar palabra alguna.

—Su papá no tiene cáncer, —le dijo—. Los médicos dicen eso, pero yo digo que él no tiene cáncer. Es cierto que su mal no es del diablo pues él siempre ha sido hombre bueno, sino que es un mal de Dios.

—Pero... los doctores han dicho que su muerte está próxima...

—¡Por Dios! Eso dicen ellos... Pero, mire usted don José, yo sé que su papá está en un hospital y que no le paran el hipo con nada... Y que además él no está en condiciones para venir a mi casa y recibir la curación.

—Y cómo le haríamos, doña María... —siempre sin dejar a José hablar lo suficiente, ella respondía con una seguridad que no admitía réplica alguna.

—¡No me diga usted doña María, pues! ¡Dígame Maestra!.. —Ahh, y dos cosas le voy a pedir, y usted me dirá si acepta que yo intervenga en el problema de su papá...

Por la tarde, José llegó al hospital. Llegó ansioso de ver a su padre, pero decidió no decirle nada. Había que

agenciarse de astucia suficiente para obtener lo que necesitaba. Le miró su rostro y observó a un hombre cansado e ignorante de sus males y con ojos hundidos y ojerosos intentar decir:

—¡Ayúdame, hijo! ¡Tengo tantas ganas de seguir viviendo! ¡Y no sé qué chingado tengo...! Por fortuna la oportunidad se hizo milagrosa cuando una enfermera llegó a curar sus heridas resultado de la operación quirúrgica inoficiosa del páncreas, cuando era el estómago que estaba infestado por el maldito cáncer.

—Ayúdeme a quitarle las vendas a su papá, don José, mientras yo reviso la ingesta intravenosa de líquidos —dijo una enfermera desconocida.

Se apresuró a desvendarlo, y quedó ante sus ojos sus heridas frescas, su sangre roja, su cuerpo adolorido. Pasó sus manos sobre cada parte lastimada y se impregnó lo más que pudo de sus humores y de sus desgracias, en un acto que cumplía la primera condición impuesta. Grabó en sus ojos su rictus de incredulidad ante lo que él suponía eran días de enfermedad que pronto concluirían para luego regresar a casa.

Amaneció y José estaba ya frente a la puerta de la casa de doña María, *La Maestra*.

—Quítese la camisa y la playera —le ordenó una ayudante de la curandera, mientras ella aún no aparecía en escena.

José miraba a su alrededor en aquella estancia medio corredor y cocina. Se sentía más desnudo de lo que es-

taba. La gente, según él, lo observaba y quizá se preguntaba el motivo de sus males pese a su apariencia sana, la causa de sus pesares, la razón de su presencia en ese burdo escenario.

Desde un día anterior había decidido prestar su cuerpo como medio de curación de su padre, segunda condición exigida por doña María. Había decidido enfrentar la razón de la ciencia contra el escenario esotérico y oscuro e incomprensible frente a su nariz. Estaba convencido que su padre no debía morir en una cama de hospital pensando que no le correspondían ese tiempo todavía, y que la solución estaba en manos de una mujer desconocida que sabía tanto de la historia de su padre.

—Oh, Dios bendito...

Y José sintió la primera ráfaga de aguardiente y de saliva en su rostro.

—Apiádate de este cuerpo que es el medio para que el hermano enfermo se cure.

Y el racimo de albahaca golpeó su espalda y sus brazos, repetidamente.

—Recibe las esencias de su cuerpo impregnadas en esta piel que ahora te ofrezco. Percibe el origen de sus males. Quítale la enfermedad y sánalo. Quítale la enfermedad y sánalo, te lo ruego. Regresa la fortaleza a su espíritu. Que no se doblegue ante la muerte. Cura sus heridas por adentro y por afuera. Oh, Dios bendito. Concédeme la gracia, con el permiso de la Federación de Espíritus, de curar a este hermano enfermo...

José se sintió terriblemente cansado al término de la soba que le diera *La Maestra*. Ella, por su parte, pidió agua a la hija que desde la primera vez que José la vio, siempre la escuchó hipar como resultado natural de la participación de su madre en el tratamiento de la enfermedad de su padre. Mientras tanto, la curandera se secaba con un paliacate gruesas gotas de sudor que resbalaban por su rostro, cuello y brazos. Su mirada era como la de una bestia cansada de correr y de enfrentar al enemigo. Pese a su respiración entrecortada le dijo:

—Le va usted a llevar a su papá este manojito de hierbas y se lo va usted a poner debajo de las vendas, sobre sus heridas... Ah, y no hemos terminado aún...

Y aguardó durante unos minutos para que doña María volviera a tomar el siguiente manojito de hierbas y albahaca, y echarse a la boca una buena ración de aguardiente para su estómago y un segundo sorbo para esparcirlo sobre el cuerpo adolorido de José.

Ya no hubo golpes...

Con suavidad y sin dejar de decir palabras que no se entendían, sobaba con las hojas de albahaca ennegrecidas el cuerpo de José y lo envolvía lentamente con el humo del incienso. Pasaba las palmas de sus manos sobre sus brazos, casi sin tocarlo, sobre su cabello, sobre sus coyunturas... Casi al término de esa primera sesión, tomó un cirio enorme sujetándolo del extremo inferior con ambas manos, y profiriendo un conjuro en voz alta y con su rostro hacia el techo de teja, siempre con sus

ojos cerrados o semiabiertos, trazó una cruz sobre el pecho de José y el cirio crujió y se rompió en tres pedazos uniformes en tamaño. Se escuchó el sonido sordo de la parafina al romperse y del hilo irrompible del pabulo al no aguantar la presión. José sintió al momento una fuerza extraña que recorrió cada palmo de cada uno de sus huesos. Sintió un frío en la espalda y la más indescifrable de las soledades. Sus ojos se cerraron sin desearlo. Sus piernas se tambalearon y como un relámpago llegó a su mente el cuerpo flácido de aquel joven enfermo de locura con aquel hilo de baba escurriendo por la comisura de sus labios en aquel paraje solitario de polvorientas calles y viento que olía a sobrenatural.

El miedo arribó a su conciencia. La certidumbre de salvación de su padre se posesionó completamente de José.

El tiempo transcurre como siempre lo hace. Las heridas antes infectadas cicatrizaban. Las dolencias de un cuerpo recién operado se hacían menos. La esperanza se acrecentaba en el enfermo y en todos a su alrededor. Aún cuando el hipo no cedía, por ratos tomaba agua y después agua vomitaba, o comida comía y la misma comida vomitaba. Pero sus ojos ya tenían luz. Su plática incluía efusivamente proyectos como su pronto regreso a casa y la dicha de contemplar en silencio y de escuchar el sonido incomparable de las olas del mar; tomarse unos tragos con sus amigos y con José, y ver pasar el tiempo presente en la espera maravillosa de los tiempos futuros.

—De continuar así, don Belisario, podrá usted irse a casa a descansar mañana por la mañana, —dijo el doctor Toledo, residente del hospital.

Y efectivamente, el padre de José regresó a casa.

Mientras tanto, José se sometió con actitud religiosa a dos encuentros más con doña María. Siempre el mismo rito, siempre el mismo resultado del cirio roto en tres pedazos. Siempre la misma letanía de cómo su padre en un corto tiempo se aliviaría de los males que le aquejaban su estómago. Siempre el llevar las hojas curadas y depositarlas en su estómago prominente y enfermo de cáncer. Para eso, su padre que ya sabía de la existencia de doña María y de sus dotes curativas, generosamente se dejaba llevar por la ilusión de continuar vivo. Además, que estar en casa significaba mejoría, y estar mejor representaba dejar atrás días y días de sufrimiento.

En ese instante pudo haber contado treinta y tres días de enfermedad, desde aquel vómito negro hasta ese momento. Ese medio día su padre sorbió unas cuantas cucharadas de caldo de pescado que no vomitó. Fue el último alimento de su vida.

Dos días después del caldo de pescado, durante una mañana que a José le pareció diferente desde que el sol apareció, su padre comenzó a mirar menos, a respirar menos, a vivir casi nada, a morirse totalmente.

Nunca más José volvió a ver a doña María. No recuerda cuánto dinero pagó por sus menesteres. No tuvo

tiempo ni deseos de verla de nuevo. Simplemente la desapareció de su vida pero no de su memoria. No regresó jamás a donde el destino le llevara a casa de Eustiquio Bonifaz. Nunca supo cómo él se comunicara con doña María, su Maestra. Menos cómo ella supiera tanto de su padre... Lo condujo el deseo irrefrenable de ver abiertos por más tiempo los ojos de don Belisario, su padre. Intentó, con desesperación, robarle a la muerte un tiempo más de vida para el que le diera la vida —piensa José.

Nunca se sintió agraviado por aquellos curanderos. Le procuraron, piensa, una grata paz y esperanza después de haber hecho todo lo que estuvo al alcance de sus manos. Un acto sacrílego para muchos. Un acto de fervorosa esperanza para José.

Lo cierto es que fueron procuradas unas cuantas horas más de vida esperanzada. Al menos esa percepción tuvo José de su padre, angustiado por su muerte inevitable, quien después de haber vivido tan intensamente durante su propio tiempo, cerrara sus ojos sin apagar la luz.



## Error de cálculo

Siempre era lo mismo. Establecidos en un frente común, todos teníamos que estar al pendiente de él. Estaban conscientes que llevar a Omar a beber unas cervezas y unos cuantos tragos requería de una serie de condiciones. Primero, obtener la anuencia de su señora esposa y escuchar de ella una amplísima lista de recomendaciones para el cuidado esmerado de Omar. Segundo, observar detenida y matemáticamente los límites de su ingesta de líquidos para evitar emborrachamientos excesivos, y no porque él —o más bien todos— bebiera en demasía, sino porque el interfecto no aguantaba más que unos cuantos tragos. Y tercero, depositar ese cuerpo, ya envinado, en el mismo sitio de donde se le había recogido.

En realidad, la última condición era la más problemática. Devolver a Omar sano y salvo, aunque difícilmente sobrio, representaba un verdadero dilema. A Omar le encantaba degustar frías cervezas y exquisitas botanas, y sobretodo disfrutar de la inacabable plática

con los camaradas. Siempre había agenda de más. Para la palomilla, grupo reducido de amigos fraternos, le encantaba la compañía de Omar que había sido maestro de todos durante los tiempos de los estudios profesionales, y que ahora se le disfrutaba como compañero de trabajo.

Entre los integrantes del grupo existía trato respetuoso, pero invariablemente estaba la intención de escoger a cada uno de los integrantes, a la hora de los buenos tragos, para agarrarlo de comidilla y de botana. Y así se hacía siempre y siempre se terminaba con Omar como tema principal de aquellos inigualables diálogos. A él le gustaba esa selección invariable aunque de momento se enojara. Sin embargo cuando Omar consideraba que algún suceso particularmente importante, vivido por él, se nos olvidaba comentarlo, inmediatamente lo sugería para agregarlo a los asuntos generales incluidos en el orden del día. Y así era siempre. Y así gozábamos todos de una camaradería excepcional.

Sin embargo, aunque no eran frecuentes las parrandas que ordinariamente comenzaban al medio día y terminaban hasta casi entrada la noche, el grupo estaba consciente que en cada ocasión había un suceso que era el común denominador de Omar. Se había hecho hábito que se le llevara a casa, de regreso, con los pantalones mojados o a medio mojar —que para el caso era lo mismo— producto de las fuertes ganas de orinar y de la imposibilidad de llegar a tiempo a los mingito-

rios. Dependiendo de la gravedad del acontecimiento, y después de abandonar el antro —como en los tiempos de la edad temprana y de los vicios prematuros y de la conciencia de haber infringido la libertad otorgada por los padres— decidían los amigos esperar en la banca de un parque, o en cualquier sitio, y mejor todavía si había viento, hasta que la ropa del amigo se secase aún cuando era evidente la mancha amarillenta y salina, sin considerar el nada agradable vaho que emanaba, y sobre todo aguantar la dura mirada de quien a sabiendas de las malas prácticas del susodicho, acusaba de recibido a aquel cuerpo en la puerta de entrada de su casa.

Hay que explicar esto.

La primera y segunda cervezas transcurrían sin incidente alguno. Los comentarios se iniciaban con animosidad respecto a los asuntos de orden genérico del día o de la semana de trabajo. Llegada la tercera cerveza, el timbre de la voz de Omar se agudizaba sobremanera, su lengua se arrastraba pesadamente, su mirada se volvía excitante y excitada y su rostro era cubierto por el inconfundible sopor del alcohol en la sangre.

Y llegaba la ida inicial al mingitorio, preludio de muchas tantas veces más. Era insalvable este episodio pues simplemente su vejiga se llenaba y no tenía la mínima posibilidad de aguantarse instantes más o instantes menos. A una sugerencia, que más que amable era incisiva, Omar aceptaba ir al sanitario y se levantaba penosamente por las cervezas que se fermentaban en su san-

gre y porque casi desde siempre tuvo problemas para caminar, como si su cuerpo nunca aceptara la dirección marcada por su cerebro, en un afán necio por irse por el acotamiento izquierdo. Y regresaba. Y lo hacía como se sabía de antemano que regresaría: con el pantalón húmedo o mojado en la parte izquierda tomando como referencia la posición acostumbrada de sus partes nobles de aquel cuerpo flaco del aludido. Y esa mojada era enriquecida por otra y otras, según las veces que requiriera vaciar su vejiga.

En una ocasión, repentinamente el grupo de bohemios supo por la propia boca de Omar —porque luego se hacen chismes dependiendo de quien sea la fuente de información, decía él— cuál era el verdadero problema de orinarse en los pantalones. Sucedían varios factores que, sin orden riguroso de ocurrencia, finalizaban en un solo problema: aguantar hasta lo impensado las ganas de ir al baño; el problema de locomoción que requería cálculos precisos de los tiempos de carreteo, despegue y arribo al destino deseado, y llegado al sitio de la cita con unas ganas aflorando a gritos, iniciar la búsqueda de aquella parte corpórea, frágil y escondida para culminar el acto, y que siempre lo que se encontraba y se sacaba no era precisamente lo que debería haberse encontrado y puesto a la intemperie.

La magnitud del problema que representaba devolver a Omar con sus familiares que siempre le esperaban en la puerta de su casa, y en esas lamentables y repeti-

das condiciones, condujo a que los amigos un día analizaran a profundidad cuál podría ser la alternativa de solución a lo que parecía ser un problema insuperable. Pensaron, a nivel de colegiado, en no convidar a Omar a las sesiones étlicas, situación que les provocaría tristeza y malestar en el espíritu, y de seguro la muerte anímica anticipada de Omar por lo positivo que le resultaba la compañía de los cuates de siempre. Debe decirse, lo que quizá ya resulte obvio, que Omar era el más viejo de todos, por mucho el más viejo de todos, y por muchas razones el más estimado por todos. Con cariño probado le decían que era un mal necesario. Y él se reía haciendo un gesto de aprobación y satisfacción.

Nunca pudo decidirse el alejarlo del grupo. A la sazón, el grave problema que se cernía permanentemente sobre la camarilla, y que les provocaba distracciones severas en el cumplimiento de la vida cotidiana, los condujo a pensar que con el apoyo de los integrantes de la mesa consuetudinaria, le llevarían ante un médico especialista en esos menesteres para comprobar si la ciencia, y el galeno que gozaba de un prestigio sobrado, disponían de algún remedio milagroso que aplicándoselo, más que ayudar a Omar, les facilitara la devolución del amigo sano y salvo. Pero tampoco funcionó. La ciencia no había evolucionado hasta esos extremos para resolver casos que evidentemente rebasaban lo estrictamente fisiológico.

Al paso de sesiones y sesiones, horas y horas interminables de complicados análisis y debates profundos

y acalorados entre los miembros de aquel preocupado grupo de camaradas, llegó finalmente una sabia idea. Era una idea singular que no podía fallar, aunque sustancialmente su puesta en operación dependería del propio Omar, si bien con apoyo de todos. Ambos tendrían que hacer serios y formales compromisos en aras de no entorpecer las inigualables e inolvidables citas en bares y cantinas de categorías inciertas, y específicamente procurar la resolución del problema urinario.

Para lograr tal propósito se programó un convivio extraordinario para dilucidar y afinar la idea resultante, y sobre todo exponerla al interesado. Se escogió un día entre semana pues el sábado todavía estaba lejano. El orden del día señalaba un solo asunto. Instalada la sesión, nadie sugirió tema adicional para asuntos generales. La tarea era una sola. La duda era si aplicaría favorablemente el resultado de tanto esfuerzo de reflexión y de sindicado acuerdo.

Llegaron juntos a la cita pues unánimemente habían decidido retirarse a temprana hora del trabajo. El asunto merecía cualquier sacrificio en el desarrollo institucional y laboral. Ya la historia juzgaría en su momento. Por la premura, decidieron apersonarse en una cantina cercana de donde juntos trabajaban. Era una casa humilde, de techo de teja, de piso de tierra, húmedo y con harta juncia que atarantaba el olor a bosque; deliciosa botana, con mesas de madera típicas de las cantinas de antes, sin sanitarios. Para cumplirle orgánicamente

al cuerpo, había necesidad de salir al patio, franquear frondosos árboles de limón que casi arrastraban la fruta, y llegar a un traspatio. Ahí se disfrutaba sustentablemente de la libertad para hacer uso del cuerpo.

Apoltronado cada quien en su silla plegadiza de madera, se dieron a la tarea inmediata de pedir la primera ronda de cervezas en tanto le explicaban a Omar el acuerdo unánime tomado en reunión previa, que sustancialmente conllevaba el loable e improrrogable interés de no distraer nunca más los convivios, y la atención del grupo, en asuntos meramente banales.

Con profunda parsimonia José, con voz representativa autorizada, le dijo a Omar:

—Mira Omar... —le expresó con voz solemne—, hemos visto con mucha preocupación que por motivos que tú has explicado con alto grado de sinceridad y humildad ante este colegiado, actitud que ha merecido y merece pleno reconocimiento, te ves imposibilitado a hacer aguas menores en tiempo y forma durante la ingesta del sagrado trago. Esta situación, y tú lo sabes mejor que nadie —se le recordó enfáticamente—, nos dificulta, y cada vez con mayor frecuencia nos imposibilita, a solicitar ante la autoridad familiar correspondiente, los permisos requeridos para que se te permita hacer acto de presencia en estas reuniones por demás necesarias, en aras de cultivar las relaciones humanas...

—Debes comprender... —José dijo ¡Salud! al tiempo que todos se permitieron un tiempo breve para un trago

necesario de cerveza— ...Y de antemano estamos seguros de ello —se le conminó con profesional inducción psicológica—, que durante estos últimos tiempos hemos estado preocupados por esta limitante que tu reloj biológico y tu capacidad prostática denotan. Debes entender también que esta decisión se hace en bien tuyo y desde esta comunidad ética. Te consta, Omar, porque nunca discurrimos tema alguno en tu ausencia, salvo el acuerdo tomado durante la reunión previa a ésta, que hemos transitado de una decisión a otra. Que llegamos a pensar —y tú bien que lo sabes, Omar— en sacrificar nuestros verdaderos deseos de estar juntos para evitar, precisamente, más situaciones penosas como la que ahora nos ocupa. Inclusive, nos dimos a la búsqueda de resultados científicos en el campo de la ciencia urológica para que te sometieras a sus beneficios. Sin embargo, nada fue decidido...

—Y no se decidió por considerar que cualquier decisión no resolvía del todo el problema en cuestión —afirmó José en un tono a manera de exordio—. Hasta ahora, y después de hacer uso de la imaginación, en un esfuerzo de reflexión analítica inducido por el cariño que te tenemos y por la necesaria compañía tuya para nosotros, te hacemos del conocimiento respecto al acuerdo que tus amigos, tus verdaderos amigos, Omar, en bien de todos, principalmente tuyo, hemos tomado...

Omar bebió sendos tragos de cerveza al tiempo que sus ojos, con un brillo diferente por la esperanza, habla-

ban por él. Era evidente el respeto con el que se aferraba a la sabia decisión de sus camaradas.

—Desde ahora, Omar, nosotros estaremos al pendiente que, a partir de la segunda cerveza, que ya casi es hora, la observación permanente de tus necesidades será nuestra principal responsabilidad, y así sucesiva y previamente a las veces que desees ir a hacer agua, para que con la antelación debida te levantes y acudas a descargar lo que para tu cuerpo estriba en demasía. No obstante, es importante que consideres que deberás seguir el siguiente proceso con alto grado de meticulosidad...

Entonces la voz de José se tornó firme y con convicción magisterial.

—En tanto camines hacia el área del mingitorio, y porque esta cantina no tiene baños y hay que hacer a la intemperie, deberás acuciosamente observar la existencia de una pared, de un tronco de árbol o de cualquier objeto que te permita hacer descansar tu espalda, porque deberás orinar acurrucado...

—¿Qué? ¿Cómo? —espetó Omar sorprendido.

Y tan pronto como digirió la sorpresa echó el rostro hacia adelante con la actitud humilde propia del que sabe escuchar, y de alguien que desea fervorosamente resolver un problema que cierto está respecto a la afectación de su vida...

—¡Sí, Omar, acurrucado! Y no nos veas así, por favor... —y todos se reacomodaron después de un sorbo de cerveza...

—Escúchanos, por el amor de Dios... Si a bien tuvieras, entonces, después de haber efectuado estrictamente las observaciones del caso expuestas, deberás bajarte los pantalones y tu calzoncillo; con sumo cuidado acercar tu espalda al objeto previamente identificado para reclinarte; abrir tus piernas en grado necesario hasta encontrar un punto de equilibrio entre tus pies y tu espalda recargada, buscando un triángulo de sustentación perfecto; orinar; checar que el goteo se extinga por completo, y nunca antes, Omar, nunca antes, levantarte, lentamente, considerando la artritis severa que tus rodillas padecen.

—Gracias amigos, —dijo—. Lo pondré en práctica ahora mismo.

Omar se levantó con el rictus previo a la tercera cerveza. Fulguraba el brillo de su rostro casi infantil. Mientras tanto hubo necesidad, como siempre, de retirarle la silla de madera para facilitarle se levantara. Se encaminó hacia el patio haciendo esfuerzos de no rebotar con la mesas de otros comensales y con la pared de la cocina, por su consabido problema de direccionalidad. Y se le perdió de vista cuando se internó en el traspatio.

Habrían pasado tres o cuatro minutos. Quizá menos. Hasta empezaba a olvidarse el asunto de Omar cuando de pronto a los amigos se les erizó la piel y casi se atragantan con el sorbo de cerveza a medio beber. Se miraron incrédulos. Pensaron salir a buscarlo a la calle, pero nadie se movió de su sitio. Buscaron debajo de la

mesa en donde a veces, sin darse cuenta, Omar se resbalaba y se caía tan discretamente como viaja una lágrima en la mejilla de un acongojado. Escudriñaron a los borrachos vecinos. Y nada. Esa búsqueda infructuosa se desarrolló en un instante. Pero un santiamén después todos supieron que los gritos destemplados surgían del patio o del traspatio de la cantina. No había duda. Se trataba de la voz quebrada de Omar provocada por alguna situación maligna, a juzgar por lo estridente de sus suplicios.

En un solo movimiento, y en causa común, corrieron frenéticos hacia el rumbo de donde suponían surgían los gritos. Les bastó segundos para revisar el patio y darse cuenta que debían alcanzar el área amplísima del traspatio. Fue fácil encontrarlo, aunque lo difícil fue sortear las gallinas y marranos que sentían que su territorio se les violentaba. A unos cuantos metros de la tranca de entrada al traspatio vieron a un Omar hecho un ovillo dando respingos e intentando levantarse al costo que fuera. Sus ojos se les veían suplicantes. Sus piernas delgadas, con unos cuantos vellos que en sus buenos tiempos debieron ser profusos, intentaban enderezarse para salir de esos apuros. Todo era en vano.

Llegaron a él, y como si se tratara de un niño, lo tomaron de ambos brazos y lo levantaron como si su cuerpo hubiese sido de trapo. Lo movieron dos o tres metros sin que su cuerpo, en el aire o de nuevo en el suelo, cambiara de posición. Si hubiera estado acostado

de lado, podría haberse dicho que era un feto deseando animoso salir al mundo.

—¡Enderézate, Omar! ¿Qué diablos tienes, pues? — le preguntaron al unísono con un tono de preocupación y deseos con una mezcla de risa desenfadada por aquel cuadro inolvidable. Y lo rodearon sin saber qué hacer.

—¡No puedo enderezar mi cuerpo! —les gritó aterrado y al borde de un colapso—. Terminé de orinar y empezaba a arreglar mi ropa cuando sentí que había agarrado hormiga, —agregó.

—¡Qué...! ¿Que agarraste hormiga? ¡Cuál hormiga! ¿En dónde está la hormiga?

—Yo creo que me acurruqué sobre un hoyo de hormiga —dijo con los ojos casi chispados.

¡Vaya cuadro de amigos! Se quedaron viendo como buscando quién sería el dadivoso que empezaría a espantar, o mejor aún quitar con sus propias manos como se quitan los piojos en un cabello blondo, las hormigas en las partes nobles de Omar. Nadie dijo nada. Incluso se escuchó momentáneamente un silencio espeso.

Discretamente, uno de ellos buscó una rama cuidando que no fuera del árbol de limón, para espantar al hormiguero que saboreaba en tierra y piel lo dulce de los residuos corporales de un diabético. Lo movieron rápidamente de nuevo y después de dos o tres ramazos, las hormigas se dispersaron. Pero el cuerpo de Omar seguía rígido y acuclillado.

Entre rascarse por el efecto de la ponzoña de los bichos y la desesperación por levantarse, nadie podía estar cierto qué le pasaba a Omar. La verdad era que pensaban que se había acalambrado para siempre. ¡Qué cuentas darían en su casa si quedaba a medio morir o de plano muerto del todo! ¡Ni pensarlo, por Dios! De por sí que sus genitales hinchados y rojos de tanto piquete de hormiga, merecerían una vasta explicación y la búsqueda de los mejores argumentos para procurar el convencimiento de los suyos, principalmente de su consorte.

¡No sabían qué hacer! Intentaban estirarle las piernas pero algo lo impedía, algo hacía que su pecho, e inclusive su cuello, se volvieran hacia el frente de su cuerpo a la altura de sus endebles rodillas.

Los gritos de Omar y el batallar frenético de los amigos hizo que la dueña de la cantina, una viejecita estimada por todos los comensales, acudiera al lugar en dónde se desarrollaba tan penoso cuadro. La viejecita observó a todos, miró con languidez y nostalgia las todavía notables partes desnudas de Omar y sonriendo, irónicamente, simplemente les dijo:

—¿Por qué no le desabotonan la parte de arriba de la camisa que el señor abotonó con sus calzoncillos? Estoy segura que así podrá levantarse.

Hasta la fecha, incluso cuando la palomilla de amigos no se reúne como antes, las escasas veces que se ven, siempre platican de aquel grave error de cálculo.



## ¿Y dónde quedó el peso?

**P**asaron cuarenta y ocho años años para saberse la verdad. Pasó largo tiempo, el tiempo igual a media vida o un poco más, para que en un día cualquiera, simplemente se le oyera decir: ¡ustedes no tuvieron nada que ver! ¡Fui yo!

Durante esos años, de casi medio siglo, al menos José cargó con la culpabilidad ajena de un suceso desconocido por él en su dimensión real. Sabía de su existencia porque fue protagonista sin desearlo, del involucramiento ajeno a su voluntad del que fue víctima, al castigo recibido por ello estoicamente, y lo más importante, el haber vivido con ese recuerdo sin tener animadversión por nada ni por nadie. José vivió durante esos años sin dolor ni amargura. Simplemente vivió con el hecho de saberse inocente.

Para llegar a la verdad bastó simplemente un momento de esparcimiento y diálogo, y la verdad simplemente se dijo sin preámbulo y sin que nadie esperara conocerla.

Fue una tarde el día de los acontecimientos. Serían quizá las seis o siete de la tarde. Las siete porque el acontecimiento se inició justo en momentos previos a los preparativos de la cena cotidiana, y por supuesto la compra de siempre en la tienda de la esquina, al tiempo que eso abriría los ojos de la duda, de la terrible duda para quien se convertiría en principal personaje de la aplicación de la justicia.

El destino hacía lo propio mientras José y sus hermanas jugaban. Ellas con sus muñecas y sus cosas propias de mujeres infantas, como el juego de té, o de hacer la comida con sus roles de mamá postiza. Él, con sus carros hechos de latas de sardina entre caminos sinuosos construidos en aquel inolvidable patio de arena en la casa alquilada del señor Cigarroa.

Eran las cinco y media de la tarde, en promedio, cuando se escuchó estridentemente la voz enérgica de doña Clara:

—¡Niños... ¿Dónde están?!

De sobra conocían ese tono de voz. Sabían que algo grave pasaba y lo comprobaron porque después del grito de búsqueda, vieron de pronto asomarse a su madre al sitio donde las hermanas y José trataban de coincidir, con los ojos desorbitados, con una mueca tal en el rostro, evidencia inequívoca que algo grave estaba sucediendo.

—¡Llally!, ¡Noly!, ¡José!... —mencionó a gritos los nombres de cada uno de los hijos como cuando pasan

revista en las fuerzas castrenses ante la ausencia de un efectivo recientemente acaecido en combate.

—Acá los quiero a todos, ¡Pero ya! —gritó con más fuerza la madre. —¡Llally!, ¡Noly!, ¡José!... Con un cara-jo... ¿Qué no me oyen, cabrones? ¡Acá los quiero y más vale que me digan la verdad porque si no...!

Hoy José entiende que cada palabra, cada gesto o acto de los padres dejan esculpida una imagen imborrable en el corazón y en el espíritu de los hijos. A veces, piensa ahora, es preferible, en caso extremo, un golpe fugaz porque el olvido llegará al tiempo mismo que arda un poco la piel. Pero un golpe, y otros reiterados por una causa ajena e ignorada, duelen y duelen tanto que necesita del remedio del recuerdo lánguido para sanar.

—¡A ver...! —dijo la madre después de haberlos formado por orden de edad y estatura, por lo que primero fue interrogada la hermana Llally, luego Noly y al final José.

—¡Me vas a decir la verdad, Llally! —gritó de nuevo la madre—. ¡Me la vas a decir porque si no...!

Mientras la sujetaba del cabello y le zarandeaba todo el cuerpo, lanzó el exordio de su discurso involu-dable:

—Todos ustedes saben que ni su padre ni yo los hemos educado mal. Que siempre hemos querido lo mejor de la vida para que ustedes no sufran lo que nosotros hemos sufrido. Bien saben que somos pobres. Les consta que su padre trabaja desde que amanece hasta que el

sueño le obliga a dormirse. ¿Y yo? ¿Acaso no son capaces de mirar que me sobo la espalda todo el tiempo para que coman, para que se pongan sobre su cuerpo ropa limpia y planchada? ¿Lo saben o no lo saben? ¡¿Qué?! ¡Hablen más fuerte porque no les escucho, hijos de la...!

Las hijas y José escuchaban atónitos aquel discurso inédito al tiempo que las pocas palabras de su pobre léxico se atragantaban en la garganta. Solo sus ojos, a punto de chisparse de su oquedad, expresaban temor de ver el fúrico gesto de su progenitora.

—No mami... Digo, sí mami... Todo lo que tú digas...  
—decía Llally con el ánimo de solventar el momento.

—Bien que lo saben... Cada día es lo mismo. Batallar y batallar, como si no supieran lo que cuesta ganarse la vida. Lo que cuesta tener para comer... ¿O qué? ¿Acaso la barriga la traen vacía? ¿Tienen hambre? Aunque por la hora que es no dudaría que ya quieran comer de nuevo. Por eso me encabrona esto que está pasando...

—A ver tú... ¡Noly! —gritó con más fuerza la madre al tiempo que la hermana gemela de José arribaba al escenario de los interrogatorios...

—¡Tú me vas a decir la verdad porque, hasta donde sé, tú nunca me dices mentiras..!

—Pero, ¿Qué quieres que te diga, mami? Yo estaba jugando con Llally cuando escuché y escuchamos tus gritos. Hasta nos espantaste mucho, mami. Pensamos que te había picado un animal en el patio, en el tendedero de ropa. Yo no sé nada, mami. Es más, no sé de qué hablas.

—Ah bueno... ¡Ahora me vas a salir con que no sabes de qué te estoy hablando..!

—¡Miren, hijos de la..! Si no me dicen la verdad les voy a sacar las tripas con un cuchillo aunque después tenga yo que llevarlos a que los mire y los cure un doctor... ¿Me entendieron?

Y así le tocó el turno a José. Y después de él a su hermana Llally, y luego a su hermana Noly, y después otra vez a fulana, sutana y mengano. José ignora cuántas rondas habrán sido, porque fueron muchas. Lo que sí recuerda es el ardor que sentía cada vez que el cinturón estrujaba la piel de sus piernas, rasgaba su espalda o laceraba sus brazos. Siempre aquel cinturón de cuero duro que antecedía a la pregunta de indagación que nunca tuvo respuesta.

Al filo de las siete de la tarde, la madre estaba exhausta y los niños tenían los ojos rojos y se sacudían sin control por el sentimiento que queda en el corazón después de un llanto profuso y atormentado.

Alguien de las hermanas de José fue a comprar bolillos para la cena, pero nadie tenía hambre para ese entonces, aunque todos cenaron ocultando el drama y el castigo, y más aún con aquellas ansias de saber qué en verdad había ocurrido durante los inicios de aquella tarde calurosa que presagiaba lluvia.

El tiempo caminó como siempre camina con o sin nuestra voluntad. Aquellos niños se hicieron adolescentes, luego jóvenes y muchachos, y después se casaron o

se juntaron y tuvieron hijos. Otros se divorciaron. Fue la época más hermosa de la familia después de aquella niñez extraordinaria, pese a los castigos que en todo hogar y en toda familia suceden. Se vinieron tiempos irrepetibles. La familia creció y con ella también crecieron las diferencias naturales que, al paso del tiempo, hicieron grietas en las emociones de los congéneres. Sin embargo, se conservan solamente los lazos fuertes, aquéllos que fueron hechos con trozos de dolor y de historias verdaderas. José siempre se sintió orgulloso de la familia que un día, lamentablemente, se partiría en varios pedazos, aunque después se resarcieran las heridas del alma.

Pero una tarde, igual a aquella tarde inolvidable de interrogatorios y sentencias ejecutorias en la que surgieran preguntas y preguntas de una vergüenza sucedida al interior de la familia, se reunieron las hermanas y José, entre otros familiares, con el pretexto de un cumpleaños, o de una tarde fresca, o de una nueva receta de un platillo que se haría favorito... Y entre charla y anécdota, entre remembranzas que siempre fortifican los lazos entre los hermanos, los sobrinos, los hijos, las nueras, los yernos, las suegras, los suegros, salió el recuerdo de aquella tarde aciaga, y la plática, como otras veces, aun sin desearlo para no herir la susceptibilidad de la madre, abordaron los recuerdos de aquella tarde calurosa y lejana, muy lejana de hacía casi medio siglo.

Y sin más, después de la plática sabrosa, de recordar aquel cinturón hecho de cuero del maligno, simplemente Noly, por alguna razón desconocida, les dijo de golpe a la cara:

—Oigan... ¿Y recuerdan aquella vez que mamá nos formó en fila, como soldados, y nos hizo preguntas y más preguntas, y después nos castigó argumentando que pensaba que había formado hijos honestos, decentes, honrados, y que nos aventó todo un discurso de valores universales, buenos modales y mejores costumbres? ¿Te acuerdas, mami?

—Ah burro, vos, cómo no me voy a acordar si cada vez que estamos juntos sale el tema como plática de sobremesa. ¡Claro que me acuerdo, pues!

—¿Pues... lo que son las cosas, no? —dijo la hermana Noly—. Aunque debo decir que siempre les inculqué a mis hijos que jamás, como familia, debería perderse el dinero que significaba la comida de la familia —agregó tan fresca—. Que la honradez está primero que todo... Cuántas veces no les dije a mis criaturas que no deseaba yo enterarme que habían agarrado algo ajeno porque les quemaría yo las manos. Igual que tú nos decías, mami, ¿Te acuerdas? Pues... ¿Qué creen...?

—Recuerdo que esa tarde —continuó la hermana Noly— tenía yo unas ganas inmensas de comer dulces. ¿No les ha pasado en alguna ocasión? ¿Verdad que cómo cuesta controlarse? Y a decir verdad, porque así fue... Lo juro... ¿Pues qué era un simple peso para ir a comprar

dulces a la tienda de don Joaquín Salazar? Aunque me hiciera mal del estómago porque un peso de dulces era suficiente para provocar empacho o vómito.

—Pero... ¿saben? Yo siempre los he querido a ustedes como mis hermanos de siempre que han sido. Y quiero que sepan que a mí me dolió más los cinturonzos que les dieron a ustedes que los que me dieron a mí.

—¡Sin quererlo —dijo Noly— lo importante es saber en dónde quedó aquél peso inolvidable, y por eso pues ya basta de misterios... —precisó con una sonrisa en su rostro.

El caso, infiere José, quedó cerrado de pesquisas. Hoy solamente es tema recurrente de irrepetibles y singulares recuerdos.

## Gumaro

Llega sin que José lo advierta. Escucha a su espalda su voz ininteligible que a juzgar por el tono, representa a un hombre diferente a todos los que juntos lo miran. Se llama Gumaro. Llega como llegan las lluvias anticipadas, sin avisar, con goterones impactantes aun cuando la nublazón, a la distancia, a duras penas alcancen los ojos para mirarla. Es la primera vez que José lo ve. Arriba a una mesa de poca gente conocida y desconocida en su mayoría. Justo, se sienta a su lado.

José lo puede sentir de tan cerca que está. Arriba trastabillando al tiempo que alguien le ayuda a acercar su cuerpo a la silla dispuesta frente a una mesa con paño verde. Se sienta con dificultad haciendo esfuerzos dignos por verse erguido, actitud propia de alguien que llega después de una función iniciada. Se ubica en el sitio que le es conferido por un benefactor. Sus manos, entrelazadas, sujetan la parte superior de su bastón sembrado entre sus piernas, adelantando un poco su anatomía, en punto de equilibrio entre su cuerpo endeble y su alma incansable.

Mira a todos sin mirar, con ojos vacilantes y un rostro orgulloso sin saber de qué. Es un Gumaro que no sabe qué hace allí. José, de cerca, percibe miedo en él, sorpresa o algo parecido. Pero ahí está.

Gumaro es presentado ante la audiencia de probos de la cultura, hombres y mujeres amorosos de todo aquello que tenga importancia cultural. Se manifiestan ante Gumaro con cordialidad sorpresiva y poco común, de quien se dice fuera excelente y pionero economista del estado y músico reconocido en tiempo memorable, por nadie recordados.

—¿Cómo? ¡Hable usted más fuerte porque estoy medio sordo..! —dice Gumaro, sin aspavientos, casi gritando, a su presentador.

—Sí, don Gumaro... Digo yo... —expresa el que le había convidado y que le presentaba ante la respetable concurrencia.

—Digo yo, don Gumaro, que tuve el agrado de invitarlo a esta reunión para que juntos, desde la filosofía que da vida a este grupo de intelectuales que les particulariza la voluntad ciudadana, en un acto de justicia, se le reconozca su vida personal y profesional en favor de la sociedad y del estado. Se oyen aplausos que secundan a la petición, de buen agrado aceptada, de que Gumaro deleite a todos con la remembranza de algunos capítulos de su vida.

Se le concede el uso de la palabra.

—Bueno, pues, ya que usted me lo pide —dirige sus

palabras al presentador, en aceptación ceremoniosa y caballerosa a la convocatoria del discurso—. Llena sus pulmones de aire vivificante y comienza...

—En 1932, recuerdo bien, la situación del país...

Y habla palabra tras palabra, expresiones repetidas que son las mismas hasta en los mínimos detalles, algunas coherentes aunque escasas, las más sin tiempo y forma. José lo escucha como una voz sin sentido viniendo de la distancia durante minutos que se hacen interminables y eternos. Los demás parecen prestarle la más respetuosa atención a su discurso.

Con los ojos llenos de vida renovada por la emoción, de pronto y sin esperarlo, y con inaguantables ganas de platicar lo suyo, Gumaro se encuentra frente a un público ávido, respetuoso a más, y dispuesto —según y recién le han dicho— de reconocerle toda su valía personal que el propio Gumaro asegura, con humildad, no tener un solo ápice de valor. Mientras continúa deleitando con sus evocaciones, José ve a un hombre lúcido en apariencia, apariencia que se sacude esporádicamente por un mundo de recuerdos que huelen a frescura matinal. Le escucha decir que es un hombre que vive la soledad desde los tres años de edad, yermo que debe provocar dolor en los huesos de un cuerpo refractado en la sombra sempiterna esculpida en el aire.

Sus ojos, y más que sus ojos su mirada, no cambian cuando habla. Irradian vida. Su cuerpo casi no se mueve salvo el rostro que hace voltear de a poco sabedor de

que le escuchan, sabedor él de que su plática ha sido la más esperada de esa noche y probablemente de otras tantas ocasiones. Y José se obliga a escucharlo. Mientras tanto, lo observa absorto y esculpe en sus emociones una fotografía suya en blanco y negro.

Gumaro viste de pantalón de tela gruesa color fucsia, de manufactura personal —así lo infiere José porque no observa trazo alguno del arte de un sastre cortador—. De mangas de pierna amplias y bolsas traseras sobrepuestas, sujetadas con burdas puntadas de hilo de color blanco, que hacen dudar si el pantalón no lo trae calzado al revés. Un pantalón, en suma, indigno para un hombre digno.

A su cintura, bastante más arriba de la altura del ombligo, se ciñe con fuerza el pantalón fajado con un cinturón, viejo, desgastado y quebradizo, manufacturado con piel de víbora, y nada más alejado de combinar el tono grisáceo del reptil con el color rojizo de aquella prenda nada ortodoxa.

La camisa se ve de tres tallas más grande que el tórax de Gumaro, de manga larga a cuadros, en tonos que en nada concuerdan con el resto de la vestimenta. Sus calcetines, de color gris. Sus zapatos, viejos por su andar incansable, más grandes que sus pies acangallados y de seguro malolientes. Su cabello, peinado y embadurnado de aceite de resino, con caspa en la parte posterior de sus orejas y escurriendo de su interior una cerilla negruzca. Todo Gumaro, por el olor fétido que expelle, ofende los buenos hábitos de higiene, al menos los de José.

Su hablar imparable es entrecortado por una respiración quejosa, bien por problemas fisiológicos, o por la emoción de encontrar a gentes quienes atenta y fervorosamente le escuchan.

Transcurren veinte minutos desde el inicio de su perorata, caracterizada por un lenguaje confuso y embrollado por tantos acontecimientos que deben ser expuestos ante aquel público selecto. Los oídos de los presentes se cerraron al tiempo de iniciado el exordio que nunca concluyó. Desde que Gumaro dijo “En 1932, recuerdo bien, la situación del país...”, otras ideas surgieron en la mente de la mayoría del público que, poco a poco, fueron alejando el sonido del eco moribundo de las palabras efusivas de Gumaro.

José mira impávido aquel escenario y siente que una pena ajena invade su espíritu. Escucha al convocante intentar —elegantemente y como única salida— dar por concluido el discurso inútil, y Gumaro en una reacción propia de los caballeros de antes, vocifera molesto:

—¡O sea que ya me debo de callar la boca...! ¿Qué no usted me invitó, pues?

Y se escuchan aplausos —que compungen el corazón de José— de alguien efusivamente gritando:

—¡Ése es don Gumaro! ¡Así se habla! ¡Usted es el invitado! ¡Siga usted hablando cuanto quiera...!

Al tiempo que se perciben risas y carcajadas por aquel momento fuera del programa acordado unánime-

mente por el pleno, y por la ocurrencia de la dama de los aplausos y por la arenga.

Gumaro, inflando su pecho huesudo, orgulloso por rescatar esas vivas llenas de gallardía y franqueza, continúa diciendo:

—Para eso que les cuento, corría ya el año de 1954...”. Y así transcurre un tiempo que se alarga como la vida ignominiosa de un hombre viejo infecundo.

El convocante, ante un auditorio tambaleante, hilariante y deseoso de saber el desenlace de aquel encuentro oratorio, intenta por segunda ocasión callar la boca de Gumaro, silenciar su palabra que siempre debió estar callada.

Finalmente el propósito se logra.

Sin pérdida de tiempo se da paso al desahogo de la agenda formalísima de la reunión de los amorosos de la cultura, y se invita a la parte frontal del recinto a que haga acto de presencia un guitarrista y una cantante de canciones de los setenta, y sobretodo para escuchar la dulce voz de una joven valerosa, muy joven, de belleza singular.

A lo lejos José observa sin escuchar el hablar de las cuerdas musicales y la voz de la cantante novel. Su atención está fijada en su vecino izquierdo de quien escucha con intensidad la respiración de alguien que privado de la libertad del habla, se ha quedado deseoso de hacerse atender, pero sobretodo, anhelante de que pronto concluya la participación del guitarrista y la cantante

para que, en asunto medular de la agenda, se le rindan los honores motivo por el cual esa noche fuera invitado: el reconocimiento público de su vida y obra en bien de una sociedad fantasma.

La agenda se concluye satisfactoriamente después de una hora y media de profundo análisis y comentarios bien habidos respecto a la tarea cultural que a todos convoca, acciones posteriores a la participación de Gumaro y a la exquisita muestra musical.

Gumaro no se da cuenta de nada. Él piensa que sus palabras, sus vivencias externadas y los proyectos de impacto social descritos para el presente y el futuro que se quedaron en alguna página de su discurso, quizá den fruto y sentido en la vida de alguien. De esa noche, Gumaro comprende que deben de haberse antepuesto asuntos de mayor valía y de carácter improrrogable, que imposibilitaron tal acto de justicia social, motivo de su presencia. Pero también sabe, porque le reiteraron la invitación y el compromiso del homenaje, que llegará un miércoles de sesión cultural para recibir el aplauso del respetable y el reconocimiento ofrecido, porque los ciudadanos que tiene ante sí cumplen su palabra.

Esa noche, de madrugada, después de conocer y escuchar a Gumaro, a José no se le antoja dormir. Siente un vacío en su interior. Siente vergüenza por haber guardado silencio ante la puesta en escena de un burdo episodio humano.

Estúpidamente ve a Gumaro y también ve su propia imagen de hombre que se niega a coincidir con su sombra distorsionada, diluyente e inútil.

Pero Gumaro sabe esperar... Así lo hace todos los días desde que vio la luz de la vida hace noventa y tres años de edad, en medio de una soledad que lo ha acompañado siempre.

## Lesvia y Primitivo

—Tengo sed. ¡Dame de beber! —dijo Lesvia quejumbrosa a Primitivo con aquel tono severo habitual, desvaneciéndose de este modo un silencio espeso, acostumbrado a no tener eco alguno en el tiempo y el espacio.

Incrédulo y pasmado corre él por el líquido. Con la ayuda de sus hijas acerca su rostro pálido al borde de las primeras oleadas del agua deseada, y Lesvia impregna sus labios que en realidad no parecen sedientos. Salpicada su boca por un escaso rocío que al parecer le proporciona el valor requerido para fortalecer su indomable espíritu en ese tiempo en los que se alarga la agonía, aspira desesperadamente con aquella nariz perfilada y grande, grisácea y tersa como de niña, insertada en un semblante descarnado y doliente, para decir:

—¡Acércate. Quiero hablar contigo!

Primitivo está de pie a un lado del aposento de una Lesvia penosamente enferma, cuya sentencia a morir se acerca irremediabilmente. Sabe que aquellas palabras y las que vendrán momentos después, están destinadas

para él, palabras —las que sean— tan deseadas de escuchar.

—Primitivo... Es tiempo de decirte lo que traigo en mi pensamiento y no me deja morir —dice Lesvia sujetando con fiereza el antebrazo de él, con sus ojos abiertos y con una mirada desesperada clavada en aquel hombre que por sus mejillas resbalan lágrimas inéditas.

—Sí, mujer... Aquí estoy. Dime lo que tú quieras.

Es un tiempo breve en el que Lesvia habla lenta y penosamente. Son palabras casi inaudibles, pero esculpidas a golpe de dolor en el corazón de Primitivo. Todos ven, haciendo sombra a la morada melancólica, cómo Lesvia y Primitivo se hablan al oído.

—Sí, Lesvia. Te prometo que cuidaré de Blanca. Veré por ella hasta el último día de mi existencia. Tendrá cobijo y alimento y cuidaré su andar por la vida. No te preocupes. Descansa. Descansa ya. Cierra tus ojos y déjate vencer por el sueño eterno. No te resistas más.

Lo de Blanca, la única hija soltera y con una enfermedad eterna, es lo más escuchado por los presentes. Las palabras restantes son dichas y escuchadas en la intimidad de Primitivo y Lesvia. Les pertenece a ellos. A nadie más. Lo dicho es materia, al paso de los años, de comentarios deducidos de aquel momento de acercamiento inesperado, de aquella proximidad esperanzada y casi olvidada de parte de Primitivo. Pero ahí están, cerca uno del otro.

Todos observan con el corazón palpitante y se muestran estupefactos ante la incredulidad de los he-

chos, ante aquella escena de una mujer y un hombre envejecidos por la vida y por el rencor perpetuo de Lesvia hacia Primitivo, en la que se han manifestado al fin palabras que se antojan lejanas y ajenas a las expresiones convencionales de una pareja que los une el amor.

El suceso es propicio para que a iniciativa de los hijos, se los convenza para que a partir de entonces vivan unidos y cerca uno del otro los días que de vida le quede a aquel cuerpo frágil y tan duramente socavado por el cáncer. Con múltiples argumentos se les dice que es necesaria la paz del espíritu para partir a la búsqueda del destino deseado o del camino obligado, para disfrutar lo poco que queda de la cercanía de ambos ante los ojos de Dios; que el perdón es el pórtico de una muerte esperanzadora y de fe y tranquilidad perpetua para alcanzar el más allá.

Ninguno, Lesvia o Primitivo, nada dice al respecto. Solamente se observa en Lesvia un asentimiento leve a través de su mirada vacía y triste, contemplación a lo irremediable, Actitud de un cuerpo y un espíritu vacío después de una necesidad cumplida.

—¡Hijas, hijo! —dice Primitivo— ¡Vayan por el cural!

Transcurre el tiempo de una primavera fresca de aquel marzo 22 de 1915. En esa fecha nace Lesvia hermana mayor del padre de José. Cuatro años antes, el 15 de enero de 1911, surge a la vida Primitivo. Ambos oriundos del mismo pueblo proveniente de la raza de los Chiapa. Uno y otro caracterizados por circunstancias similares

como la pobreza extrema y la lucha constante de cada día por sobrevivir. Ambos sabedores que para vivir pareciera que hay que sufrir. Ella, la hija mayor de la que fuera una familia integrada por la madre y cuatro hijos, dos mujeres y dos varones, con la ausencia hasta donde se sabe de un padre quien murió a destiempo. Primitivo, proveniente de una familia de la cual poco puede decirse, quizá porque José nada sabe.

Y se conocen en un día inesperado, y se tratan escasamente y juntan sus vidas en un compromiso de palabra. De esta manera, Lesvia y Primitivo, jóvenes rebotantes con la energía que les proporciona la juventud, inician una vida llena de ilusiones, con limitaciones y muchas necesidades insatisfechas. Llegan cinco hijos. Las circunstancias empeoran.

Primitivo es hombre reacio, de buen ver, con ropas sencillas pero elegante, más por el sombrero que siempre porta. De caminar erguido y de pasos ligeros. De rostro adusto y expresión dicharachera. Buen bebedor de trago, desgracia que le acompaña durante la mayoría de sus años de vida. De oficio albañil lo que le permite conocer, al paso de los años, el negocio de venta de materiales para la construcción, actividad que lo induce a dejar el sol abrasante y los cubos con cemento pesado a su espalda, y dedicarse al comercio para sobrevivir él y los suyos. Pero todo es insuficiente.

Lesvia, protagonista de la escasez, lava ropa ajena la que después desarruga con plancha calentada a la brasa.

La necesidad misma le provoca habilidades milagrosas con sus manos; hace coronas, objetos hechos de carrizo adornados con flores, papel china de colores y dulces de diversos sabores envueltos en papel celofán, que tienen por destino la cabeza de un cumpleaños al tiempo de festejarlo en la víspera del día de su nacimiento. Pero aun así es insuficiente. Por eso Lesvia, haciéndose de artimañas aún más prodigiosas y osadas, vende servicio esotérico leyendo las cartas a personas quienes, previamente a la sesión, las induce espléndidamente con su arte extraordinario de interlocutora, a que platicuen toda su vida, en las buenas y en las malas, y sus mayores deseos. O por las madrugadas, hasta bien entrada la mañana, cuando ella y Primitivo matan puercos para vender en el propio domicilio de la casa rentada. Y si sobra tiempo, que debe sobrar, sin más diseña modelos de vestidos que costura a mano y con una máquina de coser destartalada, sin tener ella ápice de conocimientos de la maquila de la moda de aquel primer tercio del siglo pasado.

—Gracias a Dios, —dice Lesvia— no hay cliente que no se vaya contento.

Así fue durante los primeros años de convivencia voluntaria entre Lesvia y Primitivo. Sin embargo, una mañana que presagiaba tormenta, alguien le dice al oído de Lesvia que se apresure y se traslade a una esquina determinada para que ella lo vea con sus propios ojos. Sale apresurada, como afanosa y dispuesta a toparse con

el destino de frente. No tiene que caminar demasiado cuando en la esquina, a la distancia, ve a Primitivo, a su marido, en pláticas con una mujer a todas luces interesada. Él se muestra sereno, ajeno a toda sospecha.

Este suceso esculpe con formas precisas la vida de ambos. O más bien, es el motivo para que Lesvia prorrumpe a Primitivo su sentencia inquebrantable de desterrarlo para siempre de su corazón y de obsequiarle el silencio perpetuo de sus labios, hasta aquella mañana en la que le pide agua y le dice palabras casi ininteligibles al oído.

Ninguna palabra es suficiente para calmar el dolor y la rabia de Lesvia por la traición infringida. Se muere de coraje. Nada es suficiente para hacerle notar que lo único que ella ha visto ha sido a Primitivo platicando con aquella mujer desconocida. Para Lesvia el hecho está consumado. Nada existe que pueda enmendar. Los celos la matan, y eso es causa suficiente para sentir odio inacabable. Pero separarse de él, ¡jamás!

Y entre gestos y reproches callados, a gritos indirectos, a solas o entre la gente, sin importar ya nada, viven Lesvia y Primitivo bajo el mismo techo. Ella con una especie de luto perenne y con una actitud aguerrida de lucha sin cuartel. Una confrontación eterna de Lesvia con un corazón cargado y rebosante de odio, de coraje inextinguible, de un no dejarlo ir para someterlo con fiereza a la tortura del castigo para siempre. No hay oportunidad que no aproveche para sus reclamos. Él, callado y dispuesto a esperar.

Un día Primitivo le dice a Lesvia:

—Bueno, Lesvia... Tu casa ya está lista. La construí con mucho esfuerzo, pero ya está lista. Tus deseos han sido cumplidos. Puedes habitarla cuando tú quieras.

Nunca se escucha respuesta de Lesvia. Al poco tiempo, sin embargo, vive ella —los hijos e incluido Primitivo— en aquella casa, en donde habría de morir.

Y el infierno se traslada a aquella morada, destino final para Lesvia y Primitivo.

Primitivo, ante aquella vida vacía, atormentada, llena de culpas por la traición que le fuera imputada, sin permitirle mediar alegato alguno en defensa suya mediante un escaso crédito a su palabra, se dedica a trabajar y a beber hasta quedar tirado en las cantinas o en alguna calle. Bebe con sed inacabable hasta quince o veinte días al grado de perder la razón sin poder dejar de sentir el castigo de la mujer que, a todas luces, siempre ha sido y seguirá siendo la razón de su vida. Deja de beber el día en que gusanos le salen por la nariz y le provocan sordera casi total.

Lesvia, por su parte, se hace del tiempo para visitar a su familia o conocidos del barrio, o para asistir a fiestas ante celebraciones con motivos inventados o reales. Le gusta ingerir alcohol aunque no en demasía como lo hace Primitivo. Si ella ve por coincidencia a Primitivo en la misma fiesta, entonces bailando efusivamente, con las enaguas echándolas al viento y con un gesto de alegría que en realidad es una mueca mal actuada de

tristeza, levanta la voz para anunciar que expresará, al tenor del baile, una bomba con versos inventados al momento, con dedicatoria para un personaje especial, destinatario que todo mundo conoce:

“Ábrete lirio morado / varita de San José / he tenido nuevos amores / pero no cáscara como usted”.

Y por si fuera poco, añade:

“Qué bonito bomberito / que bombeas tan ligero / pésquenmelo del hocico / y me lo echan al chiquero”.

Aún no concluye el último verso y los asistentes ven cómo Primitivo, calzándose calladamente su sombrero y sin despegar la vista del piso, busca la calle y una copa de trago inacabable que le haga menos penoso sentir la mirada de todos. Sin embargo, todos los días en una actitud responsable de esposa, Lesvia cumple con elaborar los alimentos de Primitivo. Cuando la mesa está servida, con coraje grita:

—¡Blanca! ¿Dónde estás, pues, carajo? ¿Qué no me oyes? —le dice a su hija—. ¡Dile a tu padre que su comida ya está servida! Y Blanca, cumpliendo la instrucción, le expresa el mensaje a su padre que está de pie a un lado de ellas.

Y diariamente se vive una doble vida, bajo un mismo techo. Duermen en aposentos separados porque Lesvia jamás permite que él caliente su lecho. Duerme sola casi dejándose vencer por los buenos recuerdos que la matan.

—¿Quiénes son los desposados? —pregunta el cura de la Iglesia cercana al barrio, aprestándose a efectuar la

ceremonia de boda religiosa en un momento que huele a muerte.

—¡Nosotros! ¡Somos nosotros, señor cura! —dice Primitivo, ubicándose a un costado de la cabecera do-  
liente de esa cama donde reposa la mujer agónica.

—¡Ave María Purísima!... Contesten, —dijo el cura— ¡Sin pecado concebido! Y luego, brevemente, en cumplimiento del protocolo, confiesa a Lesvia y acto se-  
guido a Primitivo.

—Tómense de las manos, hijos míos —agrega el cura.

—Por el poder que la Madre y Santa Iglesia Católica me atorga como discípulo de Jesucristo, hijo de Dios, y en este momento en el que Lesvia se encuentra sumer-  
gida por la enfermedad; por la creencia que existe en Je-  
sucristo, dador de vida y bálsamo para los necesitados, camino para la vida eterna, y porque éste es un medio para perpetuar el amor entre los desposados, los uno en matrimonio por la voluntad expresada por ustedes, hasta que la muerte los separe.

Y menciona otras palabras que no vienen al caso re-  
petir.

La enfermedad cancerígena le dura un año y una se-  
mana, tiempo suficiente para que el cuerpo de Lesvia se marchite por completo. Durante las últimas semanas de padecimiento permite que Primitivo, ahora su espo-  
so ante la ley divina, le acerque agua o comida, lo que acepta lejos de una complacencia cabal. Jamás otorga

una sonrisa destinada a Primitivo. Jamás un roce de sus manos. Nunca un *te quiero*. Menos, aún, un *no te voyas*. Sin embargo, él un día le dice con los ojos llorosos:

—Mujer, la vida se hace menos. Mírame a los ojos y verás en ellos lo que siempre he sentido por ti. Los años que hicimos inservibles no bastaron para que mi corazón cambiara de emociones. Tus ofensas, más allá de aquel diálogo con aquella mujer que ni su nombre supe, no las recuerdo. Solamente sé que tengo grabados en mi memoria el sabor de tus labios de la última vez que te besé y de aquella caricia sobre tu cuerpo de hace más de treinta años. ¿Lo recuerdas? Quiero que sepas que tu silencio y tu odio hacia mí fortalecieron mi paciencia y mi arrepentimiento de algo que yo no hice, y que lamentablemente me convirtiera en un borracho, estúpida y equivocadamente pensando encontraría, aunque fuera un solo momento, tranquilidad y paz. Durante estos largos años, Lesvia, que son ya la mitad de nuestras vidas, he sentido siempre un dolor clavado ya no sé en qué parte de mi cuerpo. Quiero que sepas, mujer, que te quiero y que siempre estuve a tu lado más allá de las distancias crueles y absurdas que tú antepusiste. Sé que te mueres y que yo no puedo hacer nada por evitarlo, pero sé también que después de tu partida, partiré yo en tu búsqueda... Y eso, tú también lo sabes y lo deseas, Lesvia.

Los ojos de Lesvia se abren lentamente. Mira con tranquilidad a Primitivo y lo ve sin odio un instante para después cerrar sus ojos en un sueño reparador e

involuntario. En un sueño deseado tantas veces durante largas horas de vigilia y el tiempo inacabable de un dolor lacerante en su cuerpo y en su alma. Sin embargo, nadie recuerda palabras de Lesvia que respondieran a aquel inolvidable y último verso de amor de Primitivo, al pie de su cama en donde se extinguían los restos de su cuerpo doliente.

Lesvia duerme lapsos cortos de un sueño aparentemente tranquilo. Entreaire sus ojos buscando darle forma a las sombras que se asoman a sus recuerdos. Observa a su alrededor con ojos acuciosos y de un gris en sus pupilas que anuncia lo inevitable. Sus manos se agitan en la búsqueda de una caricia desconocida. Su cuerpo ya no se mueve. Solo se ve una sábana que cubre un cuerpo que se resiste a dejar la vida. Y así, entre gente que le observa con ojos abiertos ante lo irremediable, y en voces casi calladas que rezan por lo que se avecina, Lesvia muere, de madrugada, un día después de su cumpleaños sesenta y seis.

Primitivo tiene una agonía más prolongada, porque la suya comenzó el día cruento en que iniciara su castigo propiciado por Lesvia. La sobrevive poco más de once años, tiempo durante el cual su mirada, su espíritu y su cuerpo se extinguen poco a poco por la ausencia de la mujer amada, la única mujer que le dio sentido a su lucha diaria. La sonrisa esporádica entonces va desapareciendo de su rostro. Su boca se abre escasamente para probar bocado. Sus ojos se van apagando y su mirada

cada vez es más marchita e inalterable. Las horas de su sueño diario se alargan, y sus ojos se abren solamente lo necesario para no olvidarse de la luz del día o de la oscuridad de la noche, o quizá con el deseo de ver a alguien deseado. Por ello, cuando las tardes pardean, camina por el patio de tierra, riega al vacío un poco de agua del estanque, y pide siempre calmar la sed de un sediento. Así vive hasta su muerte.

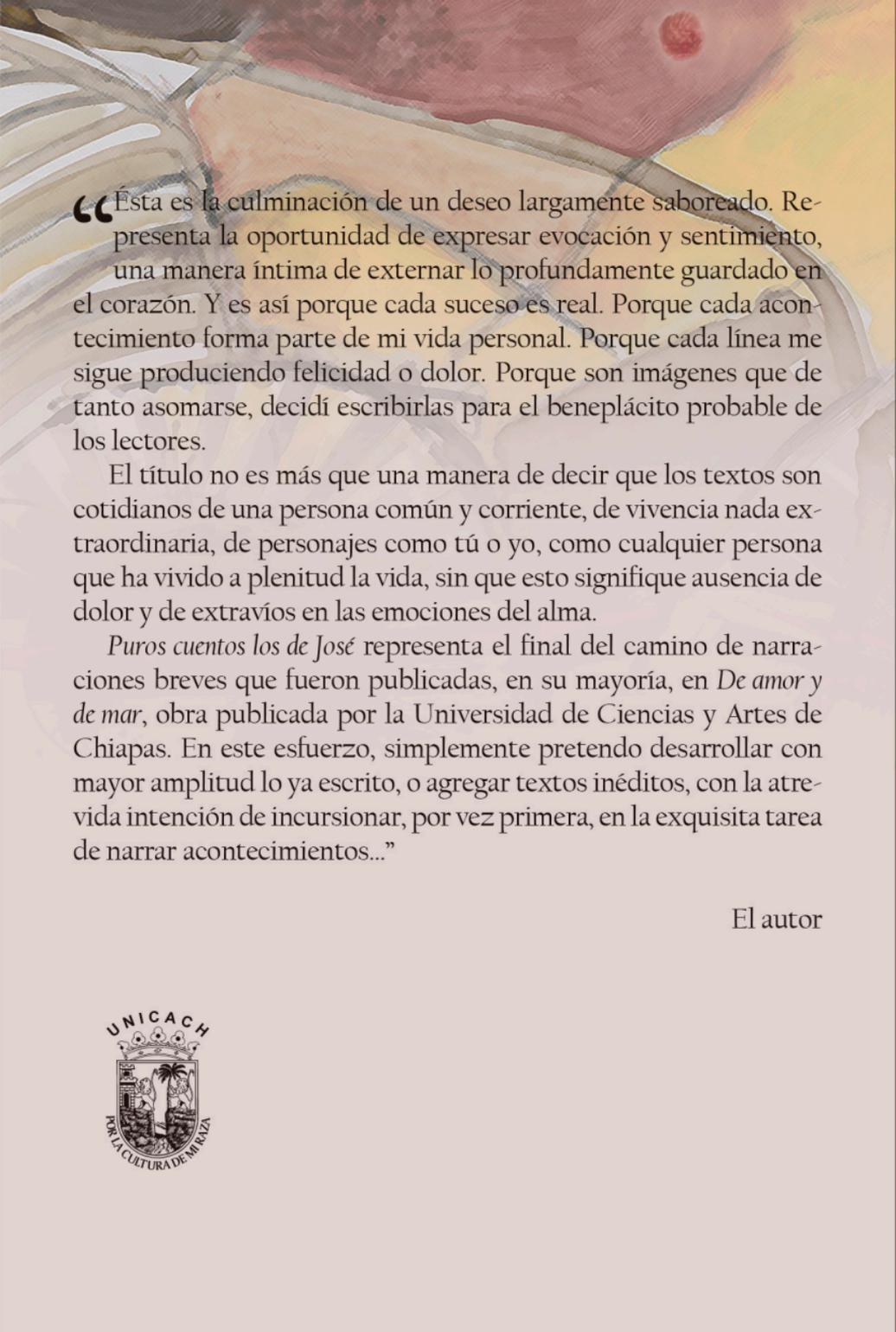


**Colección  
Boca del Cielo**



UNICACH

Se terminó de imprimir en el mes de diciembre de 2010, con un tiraje de 500 ejemplares, en los talleres de Dawdy impresores la. nte. ote. #1047 col. centro- Teléfono: (961) 21 2-07-68 Tuxtla Gutiérrez, Chiapas. El diseño tipográfico estuvo a cargo de Elva Montoya Gordillo, la corrección de Luciano Villarreal Rodas y el cuidado de la edición de la Oficina Editorial de la UNICACH, durante el rectorado del Ing. Roberto Domínguez Castellanos.



“Ésta es la culminación de un deseo largamente saboreado. Representa la oportunidad de expresar evocación y sentimiento, una manera íntima de externar lo profundamente guardado en el corazón. Y es así porque cada suceso es real. Porque cada acontecimiento forma parte de mi vida personal. Porque cada línea me sigue produciendo felicidad o dolor. Porque son imágenes que de tanto asomarse, decidí escribirlas para el beneplácito probable de los lectores.

El título no es más que una manera de decir que los textos son cotidianos de una persona común y corriente, de vivencia nada extraordinaria, de personajes como tú o yo, como cualquier persona que ha vivido a plenitud la vida, sin que esto signifique ausencia de dolor y de extravíos en las emociones del alma.

*Puros cuentos los de José* representa el final del camino de narraciones breves que fueron publicadas, en su mayoría, en *De amor y de mar*, obra publicada por la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas. En este esfuerzo, simplemente pretendo desarrollar con mayor amplitud lo ya escrito, o agregar textos inéditos, con la atrevida intención de incursionar, por vez primera, en la exquisita tarea de narrar acontecimientos...”

El autor

